

# BOLETIN

DE LA

## SOCIEDAD CASTELLANA DE EXCURSIONES

AÑO X

Valladolid: Agosto de 1912.

Núm. 116

### EXCURSIÓN A SORIA Y NUMANCIA

#### CRÓNICA

(11-14 DE MAYO DE 1912)

Para dicha excursión habíase citado por la noble prensa de Valladolid y, á mayor abundamiento, habíanse hecho circular por la Comisión directiva numerosos programas estimulantes.

A las cuatro y media del día señalado para el comienzo de la misma se situaron en la estación del Norte, que se encuentra al mediodía para mayor comodidad, todos los excursionistas que tomaron parte en la susodicha, es decir, todos menos uno, que llegó más tarde, á bien que tenía disculpa, pues era el que había metido más prisa.

Un servidor no era, antes al contrario, había tenido la fortuna de dar principio á la función en el tranvía de estaciones, en unión del Presidente, desde el arranque en la plaza del Conde An-súrez.

Con 38° Reamur, que es el termómetro de la *Sociedad*, nos embarcamos en los lindos coches del ferrocarril de Ariza, que nos recibieron con

una bocanada de satisfacción, ó de calor, que es lo mismo en lenguaje figurado, y ya casi repletos de viajeros de todas clases, lo cual era un éxito de la empresa por la buena sombra de la Excursionista Castellana.

Las entidades morales de la misma que concurrían, eran de lo más saneado: D. José Martí; D. Juan Agapito y Revilla; D. Mario G. Lorenzo; el Sr. Miralles, abogado, notario y apóstol del excursionismo; D. Gregorio del Alamo, todo luz; el Sr. Nuño, todo calor; el canónigo D. José Zurita Nieto; el minucioso Pinillos; los inseparables D. Lesmes Alvarez y D. Florián Téllez; un neófito, benemérito de Frómista, D. Tomás Manrique, y el desquiciado cronista; todas personas de empuje y brío, como se conoció desde un principio y más especialmente á la hora de la merienda, pues entre los señores, se nos olvidaba mencionar, viajaban unas cestas modernistas, de papel tela impermeable, bien abastecidas de vi-

tuallas, para evitar inútiles devaneos tras el intercolumnio de nuestra salida y llegada.

Sin saber cómo, dónde, ni cuándo, el que suscribe se encontró nombrado cronista por presión, forma nueva de nombramiento muy corriente en nuestra *Sociedad*.

Arrancó el tren con su penacho de humo salpicado de centellas, al principio algo lento y después según reglamento. Todo iba en orden, en un orden muy esmerado; á un lado los pasajeros, en otro las cestitas, y encima de todos, los equipajes, sobre las costillas del vagón se entiende. Un timbre de alarma, pendiente del techo, entre dos faroles, no nos alarmó á nosotros ni mucho menos; pues estamos acostumbrados á los anuncios del Tesorero y curados de espantos *per in sæcula sæculorum*.

La clase de los coches que ocupábamos falta por declarar, y algún curioso lector estará intrigado por ésto, pero por sabido se calla, la clase, tanto de coches como de personas, era excelente.

El tren corría, el tiempo volaba y los concurrentes alegres, decidores, atendían tanto afuera como adentro.

Las tintas del día aflojaban en coloración, el calor era general, pero alguna que otra ráfaga fresca del campo traía esparcimiento á los pulmones. Las avecillas batían sus alas en busca de albergue para pernoctar, más felices que nosotros, pobres pájaros sin nido; los campos, con muy leves ondulaciones, iban desfilando con algunas yerbas en los sembrados, fugaces siluetas de edificios en puntos lejanos, ni un árbol, ni un hombre, ni una mujer, que es peor (la falta, no la mujer). Cigüeñas sí vimos alguna, es ave de buen agüero, y siempre alegre la vista á los que sembramos y no recogemos. Las maricuelas no faltaron con su chillido rabioso.

Presentóse Laguna, la resalada, que se extendía perezosamente hasta la carretera, con sus coquetonas ondas, Tudela después, Sardón más allá, todo desierto.

Los pasajeros de nuestro coche eran un breve compendio de la vida. No faltó, pues, una boda con sus castillos en el aire y sus promesas eternas.

San Pedro Regalado nos protegía: nos había mandado un canónigo además del nuestro, el

Sr. D. Manuel de Castro, que iba á predicar á la Aguilera.

No tardó en presentarse la Peñafiel con su castillo inhiesto y amenazante, y á su pie el murmullo del Duratón. Las frescas aguas despertaron nuestra sed que apagamos con los distintos líquidos que allí se expendían, todos potables.

En Bocos nos enteramos de la sustitución de la bocina, pito ó trompeta, por otro aparato más bucólico, el cuerno, que se ha introducido ventajosamente en esta vía. Íbamos á mandar al mismo al que lo tocaba, pero la trepidación del tren sobre un puente de hierro nos varió el diapason.

Se hizo de noche como era de esperar y llegamos á Aranda con la mayor oportunidad, pues esperábamos esta hora para clasificar las viandas. Algunos excursionistas se prepararon el noble estómago con una sopa hasta que se agotó, y aquí como en todas partes, el que llegó tarde no mojó en la pringue.

Dimos el adiós de breve despedida al señor de Castro, citándonos para la vuelta. Era forzosa la separación.

### Nocturnidad y Coscurita.

No era la media noche, pero lo parecía. Llevábamos cuatro horas de tren y á no ser por la amenidad de la conversación y la perspectiva de una buena cena con buena compañía, hubieran sido insoportables.

Hasta entonces todo había sido bullicio y algazara, pero de aquí en adelante iban á ser los momentos muy penosos.

Quedaba, sin embargo, el último recurso. La cena, que para estos franceses se había reservado.

La empresa del alumbrado en los coches y la fonda proveedora, estaban en combinación. Los débiles rayos del farolillo permitían deslizar gato por liebre, pero no habían contado con el Director del gas, hombre luminoso si los hay, ni con el Tesorero que había esclarecido los manjares con el correspondiente *ajedrezado* á lo mudéjar.

Así, pues, dimos comienzo á la obra de restauración artística de nuestras fuerzas físicas, que nos entretuvo un buen espacio por falta de he-

rramientas adecuadas y sobra de durezas, aunque sabrosas. Hubo, sí, algunas ocultaciones, pero pronto se descubrieron por el fisco y aún sobró para los extraños.

Con las alternativas del cuerno ferroviario y el *balancé, balancé* del coche, el chispear del diálogo y algo más, fueron algunos entornando los ojos y abandonando el vaso de cartón piedra en que se sirvió el *champagne frappé* que se repartió, pero veían aún, nos consta que veían, porque su languidez no dejó de tomar vistosas posturas. Los excursionistas, si caen, lo hacen con todo arte.

Se notó la falta de algún instrumento músico que acompañara á los bajos profundos de la excursión.

Desde el comienzo de la misma había sonado en nuestros oídos un nombre ingrato, algo duro de roer, COSCURITA, que algunos dicen *Cozcurreta*, para reforzar la sonoridad, y esto fué origen de una disputa y la salsa de la cena.

Pues bien, amigo lector, COSCURITA es una estación en que los viajeros encuentran harto lugar para su descanso, dado que á las seis horas y media de viaje que llevan, deben añadir cuatro de espera.

Ansiábamos, pues, llegar á COSCURITA para disfrutar de este solaz, y al fin llegamos en medio de la noche.

Llegamos, pues, á Coscurita; todo llega en este mundo, y no puede negarse que cuando la voz de un celoso funcionario nos anunció ese nombre claro y distinto y lo vimos escrito sobre la faz de un farol, que lanzaba sus rayos con ensañamiento entre las más densas sombras, nos convencimos que era auténtico y real y no fingido por la mente calenturienta de un aventurero.

Coscurita existía y allí delante estaba arrogante y bienhechor, pues nos ofrecía un fresco pozo rezumante para apagar nuestra sed abrasadora, efecto de los manjares y de las sales de la conversación.

Remembramos entonces aquellos versos:

Ven conmigo al bosque ameno  
al apacible sombrío...

porque si no había bosque, tampoco hacía falta,

pero el lugar era apacible y sombrío. Alguien vió, sin embargo, el pozo, y más allá, lejos, después de robusta empalizada, un reverbero reluciente, porque en Coscurita reluce todo.

Ambas cosas nos atrajeron, el pozo para apagar la sed y la lucerna para presentarnos después albergue por unos instantes, cuatro ó seis horas.

Después de beber nos empezamos á reconciliar con Coscurita. Se destacó un número hacia el foco de luz y éste volvió. Había tierra y había vida más allá de la empalizada.

Nadie debe hablar de las cosas hasta que no las experimenta. Coscurita, creo que la nombro por primera vez, nos ofreció lo que muchas poblaciones no ofrecen, una excelente habitación, gran amabilidad, suma gracia, y un líquido caliente y aromático, que unos tomaron con leche y otros puro; café se llama en otras partes.

Mientras lo saboreábamos y nos desentumecíamos, el cronista pensaba: Qué culpa tiene Coscurita de que la vengan á rondar gentes mal humoradas á la media noche? Bien merecido se tiene, el que esto haga, las horas de plantón que hace pasar á sus amantes. Hubieran venido á las claras y sin tapujos, como aconsejaba Sancho á D. Quijote cuando fueron al Toboso, y ella les hubiera recibido dignamente, porque bella es y flores mil tiene en su tocado, no por ser campes- tres menos olorosas, y sazonados frutos por todas partes para obsequiar á los enamorados de su sencillo vivir.

Hay alguna deidad protectora de los excursionistas, y ésta se presentó en forma de coche de segunda, que era de primera calidad; nos le había deparado D. Joaquín Iglesias, poniéndole á nuestra disposición para proseguir el viaje á Soria, á la hora conveniente.

Mientras ésta llegaba, libres de moscas, velamos en él nuestras armas que se reducían á bien poca cosa, unas sencillas camas de campaña ó colchonetas y alguna que otra maletilla que sirvió para apuntalar el edificio de nuestros sueños. Aquí se vió lo útil que es saber construir.

Llevábamos un arquitecto, un maestro de obras y varios otros maestros, y confiados en ellos, los agenos al arte los buscamos por todas

partes menos en donde estaban, que era en el mejor de los mundos.

Respetamos su sueño y compostura y acomodándonos como pudimos, debimos dormirnos porque no conservo memoria sino de un balanceo más que regular, merced al cual fué nuestro coche incorporado al tren real, que sacándonos de Coscurita, nos había de llevar á Soria como en triunfo.

Desde Coscurita á Soria fuimos recobrándonos de nuestra sorpresa que estaba muy estudiada, y nos fué muy grato poner tierra por medio, sin detrimento de nuestra persona.

Nos acercábamos por instantes al fin y objeto de nuestro viaje, la capital genuinamente castellana, Soria. Este nombre y este símbolo de nuestros deseos concluyó por ponernos en contacto con la más viva realidad, de modo que á la señal de la máquina, todos puestos en pie, dirigimos la vista á la ciudad, que saliendo de entre las brumas de la mañana, nos señalaba en el horizonte, con sus torres y agujas, con la cúspide de sus perfilados edificios, el contorno de una población llena de ensoñadores recuerdos.

### Soria á la vista.

Soria, collado magestuoso que se levanta en el solar de los heróicos celtíberos, allí donde nace el Duero, río de la reconquista, para llevar con sus aguas por toda Castilla el valor indomable de sus hijos, hasta penetrar en el mar y esperar el día en que atravesando aquéllos el Atlántico, añadieran á su corona el mundo más espléndido de la naturaleza, ignorado de todos los mundos y civilizaciones de la historia, Soria estaba allí á pocos pasos.

Al abrigo de las cumbres, la capital castellana es el punto avanzado de la región en el Oriente, bebiendo las auras de Aragón y la Rioja y los alientos de las dos Castillas. Es ondulosa como la madre naturaleza, repleta de vida, y se levanta de trecho en trecho como vigía despierto al pie de los montes que dominan la más alta planicie de la Iberia.

Fué cuna de la fusión de dos antiguas razas. Su clima frío cristaliza en un instante los más

opuestos caracteres de los habitantes de España, y si hoy vive aislada de los centros más frecuentados, culpa es de los que buscando costumbres exóticas, olvidan las más genuinamente españolas. Proyéctase á la sazón unirla á Cataluña y á Francia más directamente, pero no se olviden unirla al resto de España...

Paró el convoy y al descender al andén, nos recibieron con la mayor atención los señores D. Joaquín Iglesias, D. Santiago Gómez Santa Cruz, abad de la Colegiata; D. Pascual P. Rioja, D. Luis Llorente, delegado del Gobernador, y los concejales Sres. D. Isidro Ramírez y D. Emilio Vázquez Rodríguez, por el Alcalde.

Era domingo y deseando celebrar el canónigo Sr. Zurita y nosotros todos oír su misa, cambiados los más afectuosos saludos, nos dirigimos, por indicación de nuestros acompañantes, á la iglesia de San Francisco.

El acceso á la población, desde la línea férrea, es ameno y gratísimo, y caminamos en grupos compactos por deliciosa alameda, al través de la cual divisamos el ábside románico de la primera iglesia que visitamos, los muros que nos recordaron la muerte de Garcilaso, y salimos á una plazuela, cuyo centro lo ocupó un árbol, que tiempos atrás brindó en su copa espacio para ochenta personas y sirvió de kiosko para tocar la música en las festividades.

A la sazón no existe, pero ha dado vida á varios retoños que llevan traza de aventajar á su progenitor, prueba de lo que arraigan en esta tierra las raíces de la vida.

Oímos la misa de nuestro consocio y después recorrimos la iglesia. Es San Francisco la de un monasterio de su nombre, convertido hoy en Hospital provincial. Su altar mayor luce un retablo de clásico corte, tallas y relieves de ignorado artista de la escuela castellana, siglo XVI. En otro, conserva un tríptico, cuya factura parece más antigua de la fecha que estamparon al restaurarla, 1539. Representa el calvario y es buena obra, toda piedad y dulzura artística.

Nos desbordamos á la salida en la vena más amplia de la población, dirigiéndonos al *Hotel del Comercio* que había de albergarnos, porque las auras matutinas, el viajecillo de catorce horas

y el agua de Coscurita, que todo se ha de decir, habían despertado nuestro apetito como la cosa más natural del mundo.

Buen hotel nos habían preparado nuestros amigos: gente afable, trato fino y habitaciones confortables.

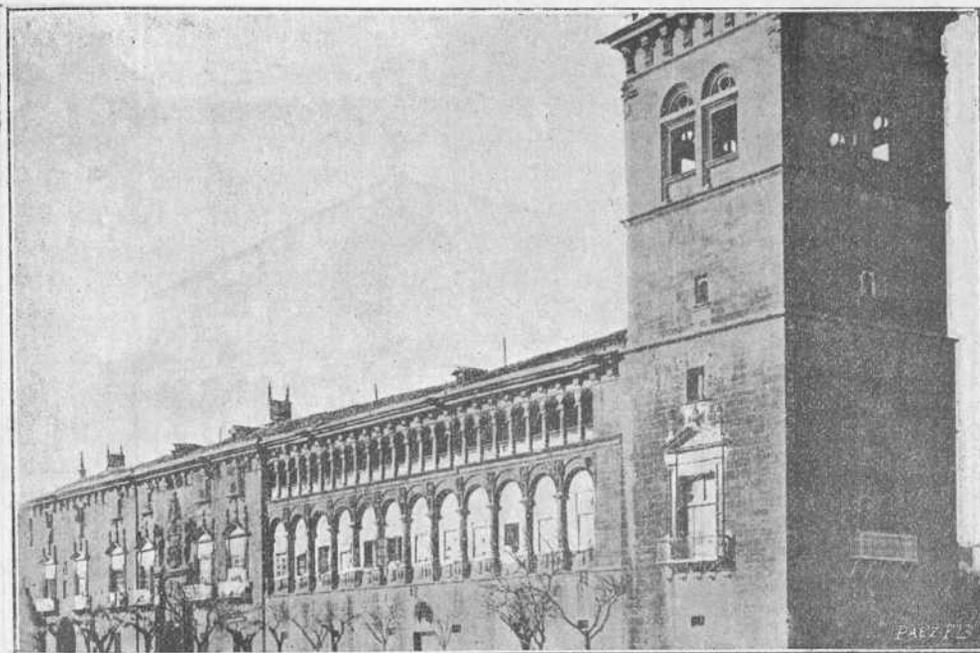
La que más hacía al caso era el refectorio de la comunidad, donde nos sirvieron el desayuno, con la célebre mantequilla, que desde luego recomiendo á mis lectores para cuando tengan que

suavizar las asperezas del mundo que conducen al templo de la inmortalidad, según un dístico que leí cuando niño, después de haber dado un solemne tropezón.

Claro es, que el aseo y limpieza de nuestras modestas personas y la elección de dormitorios habían precedido al desayuno, que para algunos fué almuerzo, pero por hipérbaton lo mencionamos antes.

Sentados estábamos algunos en sendas buta-

## SORIA



PALACIO DE GÓMARA (HOY GOBIERNO CIVIL)

cas de mimbres en el fresco zaguán del hotel, mientras otros hacían retemblar el piso de las habitaciones para colocar su equipo y varios departían aún con los restos de las viandas ó con las alegres comadres creyéndose en Winsord, cuando el Sr. D. Mariano Granados, de la Comisión arqueológica, se dignó visitarnos para combinar el plan de gira á los monumentos.

Tanto este señor como el Sr. Santa Cruz, en unión del Sr. Alcalde accidental y demás señores mencionados, nos acompañaron aquel día en la visita á la población, de lo cual ha quedado im-

percedero recuerdo en todos nosotros, tributándoles desde aquí el homenaje de nuestra gratitud, como lo hicimos desde las columnas de la prensa vallisoletana apenas regresamos.

### Santo Tomé.—San Juan.—Museo Numantino.

Nos dirigimos, pues, al palacio de Gómara, antigua mansión señorial, y en lo moderno asilo del Gobierno civil, Casa de Correos, Instituto Geográfico, etc., etc., productos evolutivos de alto linaje.

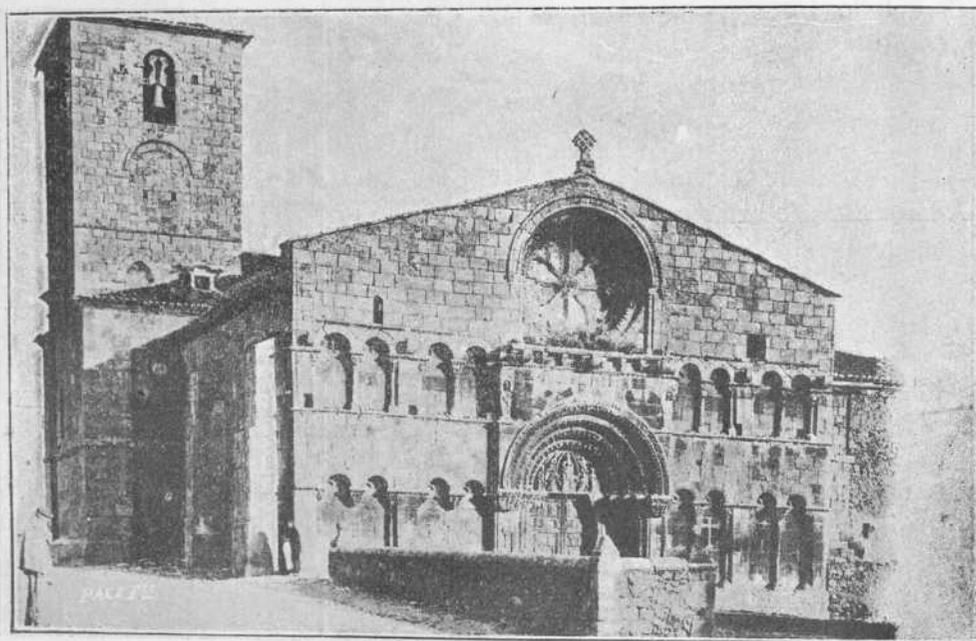
Saludamos al Sr. Gobernador, persona que habituada á los amplios horizontes de la prensa, estuvo atentísimo y no dejó de admirarse de vernos con tantos alientos, después de salvar la divisoria férrea de Coscurita, comparable á la división por el espinazo.

Conserva este palacio al exterior una arquitectura elegante y en el interior un artesonado del renacimiento más progresivo del XVI. Llamó nuestra atención un zócalo de preciosos aliceres

que no hubiéramos podido ver, si nuestros acompañantes no nos indicaran la parte que se halla descubierta, por haber sido en otros tiempos dicho zócalo empapelado cuidadosamente, cosa de que protestaron los abogados que nos acompañaban.

La fachada de Santo Tomé, hoy Santo Domingo, con un convento de esta orden, contíguo, es soberbia joya del arte románico, en que el artífice ha esculpido toda su historia al tallar en pie-

## SORIA



FACHADA DE LA IGLESIA DE SANTO TOMÉ (HOY SANTO DOMINGO)

dra las concéntricas y decrecentes archivoltas de sus abocinados arcos, sobre el tímpano y en los capiteles el historial sagrado completo: el Padre Eterno, el Dios Hombre, la Gloria, la Creación, la Virgen, San Juan, los Ancianos del Apocalipsis con instrumentos músicos, los Santos Inocentes, el seno de Abraham, el espíritu del mal y Herodes, la Visitación, el Precursor, los Magos, etcétera, etc., todo ello de bizantino estilo, ropajes orientales, mantos de brocado y arcáica ejecución. Por cima de la imposta el rosetón con delicados radios envueltos en círculo lobulado, y

éstos á su vez por otros cuajados de hojas, animales, estrellas y figuras fantásticas.

La iglesia es de planta basilical, pero en la parte superior se aparta bastante de esta forma. Ordenes cruciformes de pilares forman las naves cubiertas por bóvedas.

El desarrollo interior del templo aparece cortado é indica que se varió el plan primitivo durante su construcción.

San Juan de Rabanera solicitó nuestros pasos á continuación. Su ábside semicircular muestra ya un románico bastante adelantado con sus ven-

tananas peraltadas, columnitas y capiteles del XIII. La portada de esta iglesia perteneció á San Nicolás y declarada la ruina fué transportada aquí con muy buen acuerdo; muestra soberbias impostas.

Por dentro, la iglesia es una revelación y nada de extraño tiene que los sorianos la miren con respeto. En forma de cruz latina se extiende su planta como el divino Redentor sobre el madero, sus muros se levantan con el aparejo propio del siglo XII, los brazos del crucero se muestran al exterior, el del Norte interrumpido por moderna fábrica de ladrillo.

Forma el interior una nave con capillas, coronada por bóveda de crucería y separadas por arcos con escocias y labores de factura ojival.

Cuatro poderosos arcos apuntados constituyen el crucero y sobre él cúpula ovoide. Preséntanse decoradas las fajas y trompas, la cúpula del crucero y coro; los capiteles foliados y fantásticos, algunos con forma caprichosa y otros casi borrados.

Un Cristo magnífico en expresión y una copia del Tiziano, son obras escultórica y pictórica que avaloran esta iglesia, así como la policromía de algunos relieves y esculturas.

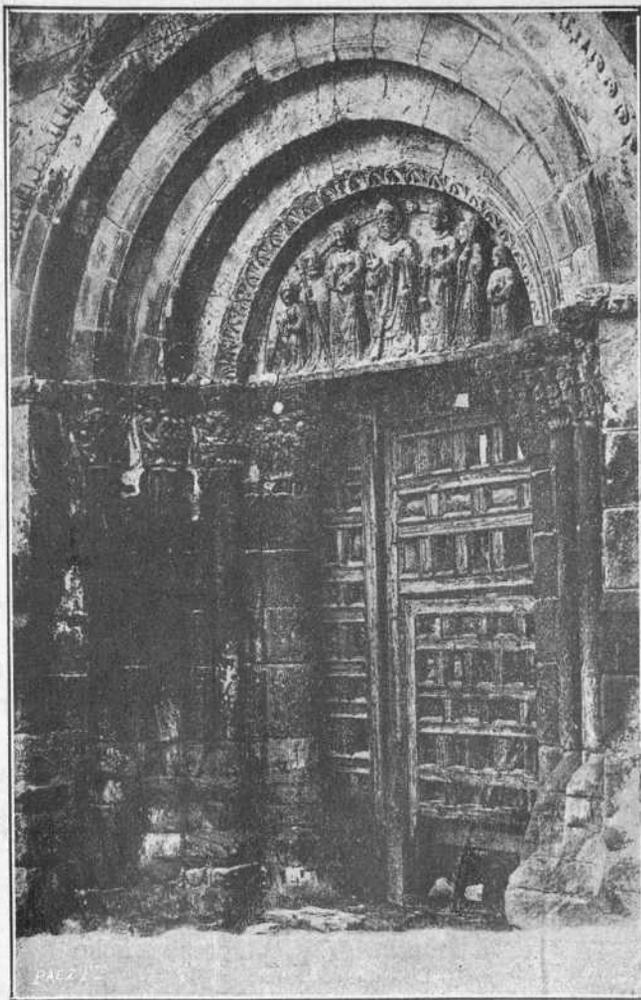
En la capilla primera del evangelio hay una inscripción en que consta la renovación que se hizo en 1908 por D. Teodoro Ramírez Rojas, en tiempo del obispo don José María Escudero.

El Museo Numantino, que visitamos con detención, abrió á nuestros ojos un palacio encantado, donde guarda la historia los tesoros de los más antiguos pobladores de este suelo egregio y preclaro en héroes desconocidos. La vida de las poblaciones antiquísimas que en él hallaron asiento, allí está escrita en los varios y preciosos ejemplares recogidos del solar numantino y exhumados ante el siglo presente con indelebles rasgos del carácter de este pueblo sóbrio, culto, laborioso, tenaz é indomable.

Nos hicieron los honores de la casa los seño-

res Santa Cruz y Granados, que han tomado la parte más activa en la organización del Museo, el cual se debe también á los desvelos de la capital y á la suma de los esfuerzos realizados para recoger los ejemplares que han ido descu-

## SORIA



PORTADA DE LA IGLESIA DE SAN NICOLÁS (TRASLADADA Á LA DE SAN JUAN DE RABANERA)

abriéndose en los distintos trabajos practicados en el cerro de Numancia, y á los cuidados y estudios de la Comisión arqueológica española (1) y del erudito arqueólogo alemán Dr. Schulten.

(1) La Comisión española se componía de personas

No debemos dejar en olvido, pues sería indisculpable, la habilidad y pericia del joven Pablo Lenguas, inteligente artífice, que ha unido, compuesto y restaurado los innumerables fragmentos de los frágiles utensilios y piezas de cerámica numantina, rotos y dispersos sobre el lecho conmovido de las tres ciudades, formando así y reconstruyendo entre sus manos la gran industria ibérica de los tiempos heroicos.

Desde remotas épocas se venían recogiendo unas veces á la ventura y otras en la roturación y cultivo del suelo de la histórica ciudad, importantes objetos antiguos y piedras extraídas de los muros de Numancia, algunas de las cuales han debido formar las construcciones del pueblo de Garray que se asienta en las faldas del cerro.

Estos indicios de población antigua, juntos con las noticias de historiadores y geógrafos clásicos, dieron por último con la verdadera situación del pueblo destruido por Escipión el sanguinario, nieto del gran Escipión.

Decididas después las excavaciones, fuéronse recogiendo los objetos que forman el Museo Numantino, establecido primero en el pueblo de Garray, junto á la fosa, como un jardín que brotaba regado en su pie por la sangre numantina y en la corola de sus flores por los afanes de los sorianos, que son arqueólogos por constitución. Estas bellezas, cultivadas por los arqueólogos de profesión, han producido el Museo y éste ha sido trasportado en la actualidad á la capital de la provincia y ante él, escuchando las preciosas explicaciones de los Sres. Granados y Santa Cruz, nos encontramos congregados todos los excursionistas.

Tres secciones principales comprende dicho Museo, correspondientes á las tres ciudades que existieron en el cerro de Numancia: objetos de piedra de la primera habitación ó Numancia prehistórica; cerámica, armás, utensilios de la Numancia heroica, y cerámica y monedas de la

tan prestigiosas como D. Juan Catalina García, don José Ramón Mélida, y los dos citados de Soria, á más de D. Teodoro Ramírez, D. Manuel Anibal Alvarez, arquitecto, y otros como D. Eduardo Saavedra que presidió la primera, que han publicado luminosos trabajos.

Numancia hispano-romana. Todos ellos revelan la gran epopeya de estos pueblos y algunos, como los huesos humanos calcinados, son dignos de engarzarse sobre la diadema de un pueblo inmortal.

Con gran amor, admiración y silencio, contemplamos largo rato aquel templo primitivo de heroísmo é infortunio, presintiendo y conmoviéndonos la grandeza del panteón oculto en las entrañas de la tierra, allí donde Numancia fué, del cual habían sido extraídos. Con gran pena nos apartamos de todos aquellos restos, despojos de una viril civilización.

Necesitóse algún tiempo para volver á la vida presente y darnos cuenta á medida que reaccionábamos de que la noche anterior no habíamos dormido, y el día presente mediaba ya en su carrera, internándose en las primeras horas de la tarde con sus naturales exigencias, sin que nuestro órgano principal de mantenimiento saliera de su sorpresa al verse tan olvidado.

Volvimos, pues, sobre nuestros pasos en demanda del hotel, y aquí entra la parte más delicada del cronista, cual es dar cuenta de la prosa de la vida á continuación de la epopeya y la historia.

Pero forzoso es al que escribe algo histórico ofrecer la realidad mundial con la mezcilla que tiene.

Perdón os pido, lectores, si por acaso creísteis que éramos sombras vanas que nos alimentábamos de sueños. Somos sujetos tangibles y vamos á daros prueba de ello.

### Descanso y vuelta á empezar.

Espoleado nuestro espíritu con la admiración y entusiasmo, cosas de mucho desgaste, se dejó convencer al fin de la necesidad de una restauración lo suficientemente artística para conservar las fuerzas.

Nos dirigimos, pues, todos hacia el mismo punto, lo cual prueba que habíamos tenido la misma idea. Esta unidad de acción y solidaridad de pensamientos es la nota más brillante de nuestra *Sociedad*. Llegados á este punto nada de

discusión, nada de duda ni vacilaciones, todos marchamos á un mismo fin y objeto.

Este ya habrás comprendido, caro lector, que era llegar sin rodeos lo antes posible al hotel y dentro del hotel al comedor y dentro del comedor á la mesa.

Acomodados delante de una muy bien dispuesta y no queriéndonos acompañar en ella á nuestros ilustrados *cicerones*, nos dispusimos á dar buena cuenta de los apetitosos manjares que nos sirvieron, de cuya nomenclatura hacemos gracia al lector para evitarle murmuraciones.

No estaba el ánimo entonces para deslindar cuando terminaba un plato y comenzaba otro, supuesto que la amena conversación, la abundancia de gratas impresiones pasadas y presentes se unían y confundían sin que podamos decir cuál era lo espiritual y cuál lo corporal en aquella compenetración tan íntima como la del cuerpo y el alma.

Eso sí, como buenos caballeros andantes que somos, notamos al punto que estábamos presididos por alguna ninfa invisible, desde la cocina, con ramificaciones más visibles en el comedor en doncellas de tanta pulcritud, actividad y belleza, como puede comprenderse por sus nombres: llamábanse las principales Felisa, Marina y Maximina. Entre la felicidad y la reina del mar celebróse la comida, y de esto no diremos más.

Nos encontramos con que vencida la flaqueza del estómago nos esperaba otro enemigo aún más terrible para cuando acabáramos con el primero. Este se presentó en forma de Morfeo con adormideras y beleño en las sienes, y no queriendo dar espectáculo de sonámbulos, dedicamos breves minutos al descanso sobre butacas, sofás, cestas de playa y aun hubo quien se deslizó sobre mullido lecho.

Pero á las cuatro, cumpliendo la consigna, estábamos en pie á la puerta del hotel para tomar la dirección de los sitios más notables.

Así como Hector se despidió de Andrómaca llorando y riendo para ir á luchar contra Aquiles, nosotros nos despedimos de las blanduras del hotel en demanda de las agudas puntas de diamante, golas y cornisamentos, canecillos y gár-golas, contrafuertes y espadañas del fornido arte

románico, amamantado en nuestra patria y especialmente en Soria, con la sangre de artífices guerreros é indomables.

Remedábamos entonces en nuestra dirección parabólica el eje desviado de San Juan de Rabanera. Pisa tiene su torre inclinada, el Escorial su coro oscilante, la prehistoria sus piedras trémulas y los excursionistas sus transiciones bruscas de la admiración al sueño.

Discurriendo por las calles, como alma enamorada en pos de su ilusión, vimos al pasar un convento fundado personalmente por Santa Teresa; los artesonados en un portal que conservaba las saeteras de casa fuerte ó mirillas de amantes soñadores, más allá ventanales gemelos cortados, y por último, los restos de la iglesia de San Nicolás, que son preciosos, conservándose columnas, capiteles y algo del ábside, todo románico.

Llegamos, saboreando estos bocadillos á la Colegiata de San Pedro, cuya fachada plateresca lleva la fecha de 1519.

La iglesia es del siglo XII, pero de esta época sólo se conserva el muro donde hoy se abre la portada. Ha sido reconstruída dos veces, quedando esto en pie, y el claustro, soberbio, que nos llamó poderosamente la atención.

En sus tiempos el sitio donde se levanta la Colegiata debió ser el centro de la población, que en Soria ha tomado dirección al Poniente, quedando la iglesia hoy en un extremo.

El retablo principal, escultórico, es de arte adelantado, viéndose en su parte inferior muy marcada la época del principio del XVI. Hay también talla barroca, con grandes columnas salomónicas en otros. Cubren las naves bóvedas con terceletes.

En otra capilla hay un bonito retablo de talla severa y fondo pictórico luminoso. En el trascoro aparece de tiempo inmemorial un cuadro firmado por el Tiziano que representa el Santo Entierro.

Una Virgen bizantina, muy repintada por cierto, y un Cristo también de la misma época, pertenecieron á la iglesia de Santa Cruz, de tiempo de Alfonso VIII, y en otro altar hay un tríptico del XVI, cuyas tablas parecen más antiguas.

El claustro románico es colosal, de planta rectangular, con tres lados de arquería bellísima, hornacinas y sepulcros; falta el cuarto lado paralelo al templo destruido para dar ensanche al mismo en su reedificación del XVI, siendo sustituidas las arcadas por un muro de mampostería.

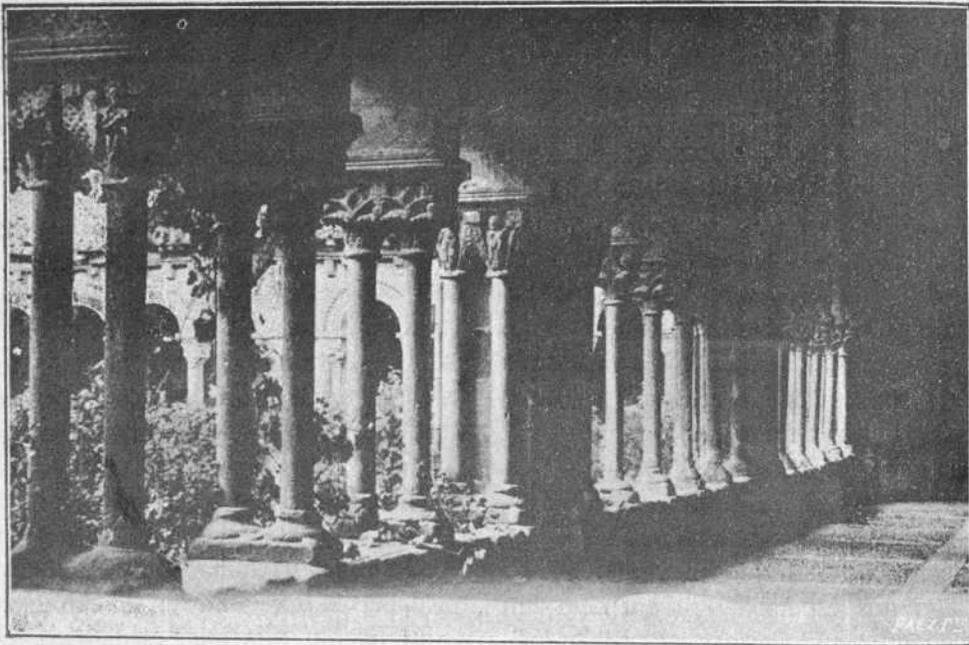
La obra románica es gallarda, con variedad de capiteles decorados bajo las influencias orientales, disimulando su firmeza por columnitas de aspecto delicado y grácil.

Forman las galerías tres líneas de arcadas con machones en los ángulos, apeadas en columnitas gemelas sobre un zócalo que recorre el patio á modo de antepecho.

Las puertas é ingresos del mismo ostentan una lujosa ornamentación, y sobre los muros se ven signos lapidarios.

Después de admirar tanta grandeza, volvimos á la iglesia y nos detuvimos en la capilla de San Saturio, donde hay un relicario con piadoso re-

## SORIA



CLAUSTRO DE LA COLEGIATA DE SAN PEDRO

cuerdo del santo. En la sacristía vimos magníficos ternos bordados.

Dejando, no sin pena, porque el tiempo urgía, esta iglesia, salimos de la población á un fortísimo puente de sillería sobre el manso Duero, que se dilataba en cinta de plata de Oriente á Occidente. Hacia el Norte, tras las lomas empinadas; las ruinas de Numancia; al Sur se recorta el horizonte por otros montes y á la izquierda del río la ermita del Mirón ofrece su ábside románico; corriente abajo el camino de la ermita de San Saturio.

La tarde apacible había concluído de disipar las nieblas del insomnio, entre las cuales veíamos pináculos y jardines colgantes, donde no los había, las alegrías del hotel, la atención y amabilidad de los sorianos que nos seguían á todas partes.

Nos dirigimos en este estado á San Juan de Duero, monasterio del siglo XII al XIII, hoy Monumento Nacional, que conserva un claustro originalísimo, obra al parecer de nigromantes y los muros dismantelados de la iglesia levantados por sujetos de carne y hueso.

Sumergidos en plena Edad Media, al penetrar dentro del claustro y contemplar su recinto formado por arcadas entrelazadas con labores geométricas, como estaban nuestras ideas, nos pareció que nuestro espíritu había volado á la región donde moran los siglos y hombres extintos, y que sus sombras vagaban por aquel recinto, filtrándose por los muros; y aun nos pareció divisar el gesto ceñudo del monje arquitecto, cubierto con su capuz, al través de un arco, cuya clave pendiente es sostenida aparentemente contra todas las leyes de la construcción. Allí debía estar indudablemente el espíritu del artífice incomprendible, pues sin poder resistir á su influencia, nos pusimos á disputar unos con otros sobre la idea, plan y desarrollo de su obra como de cosa propia.

Este claustro es una sorpresa para todos; su forma cuadrangular es truncada en las aristas, y lo más notable es que sus arquerías son un juego misterioso. Uno de los lados es románico y los tres restantes lo forman arcos apuntados, mostrando la florescencia gótica sobre la construcción románica. Sus cuatro lados son, pues, el tránsito de las edades que se miran una á otra, se copian, se imitan y se fantasean.

La iglesia derruida ofrece sus antiguos sepulcros abiertos y conserva sus capiteles bizantinos y el ábside más avanzado. Las bóvedas y capillas con rudimentaria crestería y los arcos apuntados en la mayor.

Hasta que no traspusimos las cuevas que rodean el monasterio y nos dió el aire del siglo, no nos creímos contemporáneos del presente, y aun así y todo, llevábamos con nosotros algo de los siglos pasados. Alguno propuso, caminando ya hacia el santuario del patrón de Soria, no ir al día siguiente á Numancia para saturar nuestra alma del romanismo de nuestros padres.

Pero una protesta enérgica, apoyada por el Tesorero, á quien tiene que agradecer mucho la historia de este día, mantuvo los propósitos en su verdadero eje de rotación.

Pasó este incidente y en las proximidades ya de la ermita, ante el patrón de la ciudad, juramos no abandonar estos lugares sin visitar la Numancia desenterrada.

El Presidente iba á la cabeza, no obstante su ya complicada aritmética de la vida. En animado grupo pudimos contemplar á las márgenes del Duero, aquí accidentadas y bellas, una fábrica de lavado de lana procedente de la Mesta, más adelante la sierra de Santa Ana, y el río buscando salida en remansos y festones.

Allí, al eterno y melancólico rumor de las aguas cristalinas, se levanta tallada sobre la roca viva, la ermita de San Saturio. Una escalinata, labrada á pico, trepa por la montaña y después de varias vueltas, conduce al santuario hundido en el corazón de la piedra, sagrado recinto que inspira fervor. En él nos detuvimos breves instantes. A la bajada, algunos internándose más en los repliegues de la roca, descendieron por el camino abierto bajo los muros naturales de la capilla hasta la galería cubierta, que conduce á la entrada; las sombras en ella apenas pueden ser rasgadas por las luces de los guías. Otros admiraron después el espléndido paisaje que se desarrolla entre los montes, vistos á la altura de la ermita.

Y volvimos á Soria, los más jóvenes á pie, otros en coche, pero todos completamente embebecidos en nuestros recuerdos de cuanto habíamos visto, los cuales resurgían en sueño fantástico á medida que los tonos de la tarde se obscurecían.

Soria, la ciudad románica, amante legendaria del pasado, que se sienta como pájaro solitario á contemplar sus glorias, surgió entonces en nuestra mente, y vimos sus timbres gloriosos y nos rindieron sus amores.

La despiadada marcha del tiempo ha aislado todas las cosas que amaron nuestros padres, pero Soria corre presurosa al río y pide á sus aguas que le traigan en el murmullo de sus ondas los ecos del mundo que ha vivido eternamente en sus orillas cantando la epopeya guerrera de nuestra patria.

### Baile en el Mercantil.

Muy principal fué el baile y el local donde se celebró, pero antes debemos hablar de otra cosa más principal todavía.

Rumiando los pensamientos con que terminamos el capítulo anterior, llegamos al hotel, y en él, mientras nos servían la cena, en la cual nos honraron con su presencia los Sres. Santa Cruz y Granados, comenzó á circular entre la gente joven la entretenida noticia de un baile típico, popular y característico que había de celebrarse en un salón fronterero al hotel, y dando al traste con toda la seriedad, cansancio y metonimia de los más conspicuos, declaróse en buena parte de los comensales una gran desazón por bailar, como dicen sienten en los piés algunas muchachas casaderas cuando oyen la música, ó sin oirla la barruntan, pues es indudable que hay más de cinco sentidos corporales, y el que se lleva la palma en estos casos es el sentido del compás, que lo conservan hasta los músicos viejos, según dice el refrán.

Hubo, pues, una gira al baile, de algunos excursionistas, y paseo preliminar de otros en la gran calle que sustituye allí á la Acera de San Francisco en nuestra capital, nunca bien ponderada.

Forzoso es que el cronista se ocupe de este incidente, que reveló á todos nosotros lo que hasta entonces había estado oculto, si bien lo sospechábamos, esto es, la hermosura natural de Soria, que no va en zaga á la artificial ú obra del hombre que acabamos de ver.

Adornando el paseo y cortándole de soslayo á veces con la finura de una hoja toledana ó damasquina ó veneciana, que no otra cosa es la mirada de la mujer de Soria, pasaron á nuestro lado y sentimos junto á nosotros rostros discretos, pasos menudos y ramilletes de gracia y donosura. Dios lo da y el hombre debe honrarlo.

Entonces pudimos admirar dos aspectos distintos de la cuestión. La gracia y finura de los paseos en Soria y la alegría y esplendor de los bailes del salón.

Todavía hubo un tercer aspecto para los reflexivos y sedentarios, la cómoda silla en los portales y la espumante cerveza refrigeradora, con la que se prepararon algunos para el blando sueño, de que estábamos todos muy necesitados.

Retirados á nuestros cuarteles, dejamos la puerta abierta para los rezagados, que siempre

los hay cuando se va y viene de viaje, y los más se entregaron al reposo, cuidando el cronista de ordenar que le apuntaran en el libro de notas grises lo que sucedía en tanto que, por costumbre inveterada, se mecía en un sueño reparador.

Pero á la mañana siguiente halló el libro en el sitio que le había dejado, con la hoja correspondiente en blanco.

Nadie sabía nada.

### Numancia.

Vivimos en el mundo, en el siglo y en la Sociedad Excursionista. Esto explicará á algunos lectores las concesiones que hacemos á la franqueza, pero ahora, al estampar el nombre que va al frente, debemos hacer un alto en nuestras joviales expansiones. No siempre puede estar el arco tenso y necesarios son estos paréntesis que abrimos entre uno y otro monumento.

Al decir Numancia, toda divagación y entretenimiento concluye, como en la bullidora corriente de la vida cuando se encuentra en presencia de acontecimientos extraordinarios.

Aprendimos á venerar este nombre desde la niñez, conocíamos la tradición y trabajos que vienen realizándose sobre el asunto; el libro, la hoja, la revista nos ha hablado de ello y traído noticia de cuanto se había hecho por propios y extraños; el Museo Numantino nos había mostrado el arte y los huesos calcinados de los héroes legendarios, pero emoción como la que se apoderó de nosotros al pisar la tierra de Numancia y contemplar el sepulcro abierto de tres civilizaciones escalonadas, que han luchado por la vida y han formado nuestra carne y sangre en el trascurso de los siglos, no la habíamos experimentado hasta entonces.

Conviene, ante todo, que anudemos el hilo de nuestra crónica por el orden de los hechos, y bueno es que sepa el lector que á las ocho y minutos de la mañana del segundo día de la estancia en Soria, en los coches que galantemente nos habían cedido los amigos, emprendimos la marcha hacia el polo de nuestra expedición.

Salvamos la distancia que separa á Numancia de Soria en tres cuartos de hora, y nos apea-

mos en Garray, pueblecito al pie del cerro en que existió Numancia, según los indicios que de tiempo inmemorial venían coincidiendo con las indicaciones de Plinio, Ptolomeo, Apiano y L. Floro.

El pueblo de Garray, pueblo incendiado, heredero primitivo de Numancia como Soria, es notable por reunir bajo los dieciseis arcos de su puente las aguas de dos ríos: el Duero y el Tera al NO. de Numancia, cuyas corrientes, separadas en el centro del puente por un dique, salen unidas, formando un solo río, al otro lado de sus estribos.

Plinio dice que Numancia era región de los belos y Ptolomeo de los arevacos. Tendrán razón los dos probablemente, pues el curso de los dos ríos y aun de un tercero que corre al SE. traerían arevacos, belos y hasta pelendones al recinto de la ciudad murada en el trascurso del tiempo, como antes habían traído á los iberos y los celtas reunidos. Son estas razas y pueblos ríos de la vida de los habitantes de España que entran en un país separados y salen por el mismo juntos.

El día en que llegamos era fiesta del pueblo, la cual había comenzado el anterior, por ser la de los Santos Mártires, que se veneran en una ermita sobre la vertiente del cerro, y tuvimos ocasión de ver las músicas ó charanga popular y las rondas de los garridos mozos de Garray, de cuyo nombre trae origen á no dudar la raiz de la palabra, y las parleras guitarras y graves acordeones que tocaban, así como las sendas rosquillas, envidia de la tía Javiera, por su tamaño colosal. Una de ellas llevábala á la bandolera un mozo fornido.

Garray es pueblo pequeño, cien vecinos, pero simpático, con telégrafo y luz eléctrica. Reunidos todos los excursionistas en un solo haz y no de mies, pues damos poco trigo, comenzamos la ascensión.

Aunque día caluroso, el sol benéfico á nuestros planes se había entoldado, y desde allí mismo, agradecidos, le mandamos por telégrafo un voto de confianza, como se suele hacer en todas las juntas donde no hay ninguna.

Vimos al subir la románica portada y llegaron hasta nosotros las solemnes notas del canto

religioso de la popular ermita, que ha sido un faro para Numancia, conservando viva la tradición piadosa y heroica.

Tuvimos la satisfacción de emparejar con el joven reparador de la cerámica numantina encontrada en fragmentos mil. Llámase Pablo Lenguas, chico inteligente y que no puede negar la sangre soriana.

A poco trecho de la subida, escarbamos en la tierra y no tardaron en salir carbones y tierra calcinada. Al ir á tomar nota observamos que estábamos descubiertos y á la intemperie. Lo habíamos hecho instintivamente, como dicen que hacen los ingleses cuando visitan el navío español Santísima Trinidad, acribillado á balazos en Trafalgar. Mirando al suelo en Numancia se ven cosas muy altas. ¡Trafalgar y Numancia, cómo se une y teje la historia!

Nuestras piernas tomaron fuerza para trepar hasta el obelisco levantado últimamente á los héroes, que contiene esculpidas en piedra las siguientes inscripciones:

1.<sup>a</sup> SE CONSTRUYÓ ESTE MONUMENTO  
Á EXPENSAS DEL EXCMO. SEÑOR  
DON RAMÓN BENITO Y ACEÑA  
SENADOR DEL REINO  
Y EXDIPUTADO Á CORTES POR SORIA  
1904.

2.<sup>a</sup> Orlada con flores=AMBON-LEUCON | LI-  
TENNON | MEGARA | RETOGENES |

3.<sup>a</sup> S. M. EL REY DON ALFONSO XIII | Y |  
SUS AA. RR. LOS PRÍNCIPES DE ASTURIAS | VISI-  
TARON | ESTAS GLORIOSAS Y VENERANDAS RUINAS  
| el 8 de Septiembre de 1903 |

4.<sup>a</sup> Sobre el relieve del nombre NUMANCIA  
orla de laurel, trofeo militar=Madrid, E, Molina.

Los excursionistas agrupados en torno al señor Santa Cruz que nos dirigía y explicaba sobre las ruinas de Numancia, concienzudamente los trabajos realizados en su exhumación, comenzamos á ver la realidad más palpable. Allí pudo verse que la historia ha dicho muy poco y la

importancia que tienen hoy los estudios arqueológicos.

Numancia ha sido ya en gran parte desenterrada como lo fueron Pompeya, Herculano, como lo están siendo los más famosos centros de la civilización antigua, Asiria, Babilonia, Roma, Palestina, Grecia, Cartago y en los momentos que escribimos la célebre *Antinópolis* levantada por el emperador Adriano á 300 kilómetros del Cairo, en honor del más bello de los hombres, el esclavo Antinoo.

Recorriendo las calles romanas y celtíberas de la ciudad española, venían á nuestra mente los recuerdos de Pompeya y Antinópolis, y comparando hechos y casos sentíamos el fuego purificador de la sangre ibérica.

En efecto, Pompeya salió de las cenizas del Vesubio y Antinópolis de las arenas del desierto. Pero Numancia ha salido de otras cenizas más puras y de otras arenas más implacables, de las cenizas del heroísmo y de las arenas de la soledad.

Pompeya es la ciudad del lujo, del fausto y del placer, traídos de Grecia y aumentados y no corregidos en Roma; Antinópolis compendia la opulencia y la belleza de las tres más grandes civilizaciones y las tres más grandes decadencias: la egipcia, la griega, la romana. Pompeya presenta las primeras escenas de la comedia y el drama, y Antinópolis la tragedia mundial.

Pero Numancia, la pobre ciudad de celtiberia, fundada con los más grandes esfuerzos y trabajos, con la constancia y el tiempo se eleva de un solo salto á una grandeza mayor que las ciudades de los refinados placeres; Numancia pelea por algo que aquellas ciudades no comprendían: el hogar, la patria, el trabajo, y sucumbe no en medio de la molicie como Pompeya, ni en el estrago del placer, sino en medio del más grande, del más noble de los sentimientos, la independencia del hogar, de la familia y del trabajo; porque Numancia, además de noble y viril, es industriosa, ardió cuando más florecía. Ahí está el Museo Numantino, ahí sus ruinas que nos muestran por todas partes el florecimiento de su incomparable cerámica.

Hay en el corazón del hombre un aspid ve-

nenoso, la duda, que da al traste con las más bellas ideas. Al tender nuestra vista desde lo más alto del cerro sobre las hiladas de piedra irregulares é informes, al ver las zanjas vacías y la estrechez de los recintos, todo vino á tierra; allí no había los restos de un pueblo, ni menos de una ciudad que sufrió catorce años de asedio y catorce meses de sitio con 60.000 hombres al mando de Escipión. Numancia era un mito, la historia una leyenda, Escipión un cuento, las piedras, apriscos, tejares, cualquier cosa menos ciudad de renombre universal.

Efectivamente, estábamos sobre un muro estrecho de piedras rodadas, y el grupo de excursionistas, apiñándose, vacilaba por la base, ¿qué mucho que se le fuera la cabeza?

Pero saltamos á tierra y yo no sé que tiene aquella tierra roja por el fuego y negra á trechos, aquellos cascotes de ajuar, y puntas de lanza y flechas, aquellos huesos calcinados, aquellas trompas guerreras y proyectiles de barro con que los hábiles numantinos imitaban el plomo lanzado sobre ellos por las catapultas romanas, que poco después nos avergonzábamos del mordisco de la duda. Hay que vivir por ver y sobre todo ser peregrino ó excursionista. La vida es un viaje y nada se comprende sin trabajo.

Pompeya, Antinópolis, Numancia; he aquí tres grandezas. Yo pongo por Numancia que es la grandeza de alma, grandeza eterna.

El cerro de Numancia se levanta unos setenta metros sobre el nivel de las aguas, con suave declive al Mediodía y al Este, algo más pronunciado al Poniente y casi abrupto al Norte; rodéanle á manera de península, por tres lados, los ríos Tera y Duero que se unen como hemos dicho al NO. y el Merdancho al SE. que va buscando al Duero. Esto es en la actualidad; en siglos remotos el cerro, y de ello hay indicios y lo declara la historia por Apiano Alejandrino, estuvo cortado por barrancos y rodeado de espesos bosques, únicamente se unía á la campiña por una zona estrecha entre N. y E.

Lugar fué muy apropiado para una resistencia heroica, contando con el valor celtibero, gente indomable, trabajadora y hábil. Claro es, que medidas sus armas y sus recursos con los de la

opulenta Roma, resultaban infantiles, pero hay en los pueblos y en las razas hispanas algo que se destruye, pero no se vence. Bien lo comprendió Escipión cuando puso su campamento á respetable distancia al otro lado del río.

No tenían catapultas los iberos pero su honda y su pecho trazaron un círculo en derredor de sus hogares, que nunca rompieron los romanos mientras hubo en la plaza defensores.

Quemada la ciudad por éstos, Escipión sólo encontró ruinas y cadáveres. Aún abatió más estas ruinas, vendió las tierras y sembró por el solar las cenizas y los escombros.

Sobre ellos construyeron los herederos sus viviendas á la romana. Escipión murió tiempo después asesinado en las calles de Roma por las turbas. Así se cumple el destino.

Los moradores de la nueva ciudad prosperaron poco; nada se sabe de su arte y de su industria, los pocos objetos recogidos de esa última época atestiguan que debieron dejar abandonada la ciudad poco á poco; muriendo por consunción, como mueren los pueblos que se suplantán á otros; sus raíces no prenden, mueren lentamente.

En cambio abundan los restos de sus viviendas por no haber sido destruidas sino por el tiempo. Estas están formadas por muros de piedra aparejada malamente y algo labrada. Sus muros se cimentaron sobre la ciudad celtíbera que está debajo y esto explica la poca distancia que las separa. Las casas de la ciudad hispano-romana son ejemplares de una arquitectura ruda aunque más adelantada que la celtíbera; son pobres y mezquinas, una solo tiene un principio de escalinata, pero nada de mármoles, atrios, peristilos, mosaicos ni columnatas, propios de la construcción romana.

Las calles se encuentran en ángulos ó muy abiertos ó muy cerrados, una sola vez en ángulo recto, y si bien corrigen la alineación celtíbera y son algo más anchas, están de ordinario montadas sobre las celtibéricas.

Por debajo de estas casas y calles de la ciudad romano-hispana, envueltos entre la tierra quemada, aparecen los restos ibéricos ó preromanos; huesos quemados de hombres y anima-

les, objetos del ajuar rotos, esparcidos, arrojados, los cimientos de los muros celtibéricos, sus calles estrechas, irregulares pero orientadas contra los vientos dominantes, sus pavimentos de piedras redondas, sin labrar, restos también de las techumbres, que debieron ser de ramas y algún entramado y clavos.

Ofrecen las calles pasarelas de una á otra acera ó borde, de cantos mayores, dos destacados de las aceras y uno en medio de la calle, de los cuales se ha aprovechado la parte más plana para fijar el pie, y presentan la huella del paso y una de ellas la rozadura de las rodadas de los carros.

Poco más bajo de este fondo y aún en la tierra misma, removida por los romanos para buscar asiento á sus edificaciones, se han hallado objetos prehistóricos, como armas de piedra, utensilios é instrumentos primitivos, fragmentos de cerámica, no tan abundante y fina como la celtibérica, que era mejor que la romana, pero certifica de lo primitivo de la industria, anterior al uso del torno y del horno.

Hacia el Sur del cerro á poco trecho de la ermita de San Antonio, se han descubierto monumentos interesantísimos, son recintos sagrados megalíticos, cuyas piedras grandes, apoyadas de canto en otras pequeñas, forman el contorno y dejan una abertura al ci. cuito para el arúspice ó augur que, mirando al mediodía y sobre una cruz que allí aparece en el suelo empedrado en esta forma, hacía sus vaticinios y adivinaciones en el centro de los asistentes, que celebraban su culto al aire libre.

Hay varios, lo que prueba la persistencia de pueblos de las razas originarias sobre el cerro sagrado, inmensa pira en que se sacrificó la raza ibérica por esta tierra que les dió refugio, amparo, vida y hogar.

Respetemos los manes de nuestros progenitores, alejados inmensamente de la verdadera tradición, pero en cuyas venas se forjó la sangre que nos nutre y el fuego que nos devora.

Al retirarnos de estos lugares hacia el núcleo de las poblaciones numantinas, vimos sobre una eminencia un cipo modestísimo de piedra, con las siguientes inscripciones:

A LOS 26 EL REGIMIENTO  
HÉROES DE JULIO 2.º BÓN DE  
NUMANCIA DE 1886 DEL SAN MARCIAL

En esa fecha, 1886, el monumento del segundo batallón del regimiento de San Marcial decía mucho más, infinitamente más que los posteriores. Es que el heroísmo y la fe se comprenden mejor por los que han jurado sobre una cruz. La ciencia llega más tarde.

Hay otro monumento más antiguo y mayor, de amplia base cuadrada y bastante altura, pero quedó sin concluir y ostenta sus lados con la lápida para la inscripción en blanco. Para qué escribir allí? Su elocuencia es grande, es la elocuencia del silencio.

Tomamos descanso en la casa de la Comisión, donde tuvimos el gusto de saludar á los párrocos de Garray, Tardesillas y Fuente de Cantos.

Al hacer asiento y comunicarnos nuestras impresiones á alguien se le ocurrió dar un patrono á la Sociedad Excursionista. El hombre ante todo es espíritu é idea, por más que hoy cueste mucho trabajo romper la envoltura ya fósil de los ideales. En fin, el Sr. Pinillos fué encargado de hacer un trabajo sobre el asunto, y el Sr. Agapito y Revilla otro relativo á la arquitectura hispano-romano-celbíbera. Si lo cumplen, Dios se lo premie, y si no se lo demande.

También el Sr. Zurita y el Sr. Martí se encargaron de otros trabajos que no estoy autorizado para descubrir.

En la mencionada casa donde estábamos, se halla un taller de restauración de los objetos sacados de las ruinas, y por cierto que merece toda clase de elogios. Al restaurador ya le hemos presentado, ahora vimos á su señor padre Enrique Lenguas, guarda fidelísimo de aquellas venerandas ruinas, el cual nos facilitó un anteojo de gran potencia para divisar los campamentos descubiertos ya algunos, y emplazados por Escipión; son cuadrados y se comunican entre sí sus distintas tiendas de la misma construcción que las casas de los celbíberos, y rodean al otro lado del río el cerro de Numancia, sobre otras alturas próximas. Fijándonos en el del E, comprendi-

mos que Escipión tuvo que habérselas con un enemigo terrible, al cual no era fácil acorrallar.

Descendimos del cerro y visitamos la iglesia de los Santos Mártires. Ya hemos dicho su época, grabada en la piedra. Hay, sin embargo, algo más antiguo en ella, y es una pila de aspecto visigótico, pero esta es la eterna cuestión entre arquitectos y arqueólogos y la dejaremos para otra ocasión.

Una lápida hay besando el muro y cubierta por la tierra, que ofrece huella de una inscripción, que quizá diera la clave.

El Sr. Cura nos dió á venerar en caja de plata las reliquias insignes de los santos mártires Nereo, Pancracio y Aquileo. Es significativo: los mártires de la fe cristiana y los de la fe primitiva se dan la mano sobre el cerro de Numancia.

Era ya hora de regresar á Soria y de tomar asiento en los coches, que á pesar de ofrecerle holgado, hubo varios que querían uno mismo. El espíritu humano es así, cuanto más espacio tiene más ocupa; los fluidos imponderables y los gases tienen un límite de expansión, pero la ambición del hombre va más allá, no tiene ninguno.

Al trote de robustos corceles, fuimos devorando distancias al paso que desfilaban ante mi vista atónita vagas sombras entre brillantes cendales, representando ciudades, sitios y lugares célebres en los fastos de la antigüedad. A la cabeza de ellas aparecía Schliemann, que gastó su vida y su hacienda para resucitar á Troya. Giraban en su torno Nancratis, Tebas, Elefantina; más allá Eguía, Micenas, Samotracia, Tanagra, Delos, Eleusio, Argos, Creta, Efeso, Pergamo, Baalbeck, todas sacadas á luz del fondo de las excavaciones, llevando entre sus manos y en las puntas de los picos y azadones que blandían Hermes, Victorias, Papiros, Columnas, Geroglíficos, Estelas, Actas de piedra y Libros de ladrillo, que comprueban, ratifican y descubren la verdad de la gran escritura histórica.

Atento estaba yo á leer las inscripciones que en ondulantes guiraldas llevaban sobre los bustos, cuando después de un gran vacío, apareció una sobre el frontis de un edificio de tosca construcción, que decía en caracteres distintos

## FIELATO DE LOGROÑO

Allí concluyó todo; era el cartel que ponen en las funciones largas, anunciando un *descanso de veinte minutos*.

Y dije para mis adentros, siempre lo mismo, el fisco, la curia, el papel sellado, los comicios, los municipios, los timbres móviles cerrando el paso á nuestros sueños.

Por fortuna tardamos poco en llegar al hotel, reponernos en nuestro estado normal por medio de abluciones, libaciones y degluciones metódicas y acompasadas, y salir por último, á las postreras visitas.

Fué la primera, á la Escuela de Artes y Oficios, que la encontramos vacía, como era de suponer, por la hora, pero no de modelos, algunos historiados.

Nos pareció muy bien, salvo las historias, y pasamos al Instituto General y Técnico, antes de 2.<sup>a</sup> Enseñanza, y mucho más antes de Teatinos, cuya puerta está á 1.058 metros y medio sobre el nivel del mar. Nos recibieron muy atentos el Director, un Profesor y el Bibliotecario, y nos detuvimos en el gabinete de Historia Natural, en el de Física, en la Biblioteca, con memorables códices é incunables, pero temimos que ya los animalitos, las máquinas ó los libros, divinamente instalados y ordenados, nos invitasen á rotularnos.

De paso para los talleres de la estación, vimos una ventana en ángulo como la excelentísima de nuestra Diputación, y un balconaje artístico del siglo XVI en otra casa.

En la estación del ferrocarril pudimos ver dirigidos por M. Raoul Otlet, el Sr. Casado y el jefe de los talleres, que con un personal exíguo se hacen toda clase de reparaciones.

Alguna necesitábamos nosotros para poder continuar, pero sacando fuerzas de flaqueza, nos dirigimos al Ayuntamiento y Gobierno civil, dejando tarjeta en este último, y pasando al Municipio, donde suspendieron la sesión por breves momentos. Tiene en su frente el Ayuntamiento, una soberbia lápida conmemorativa del tercer centenario de la publicación del Quijote, y con eso está dicho cuánta es su galanura y cortesía para los forasteros. Vimos algunas dependencias,

entre ellas el Laboratorio municipal, que está instalándose, y el despacho del Sr. Alcalde, con su Biblioteca y Archivo, que ostentaban magníficos privilegios rodados.

Al salir, pasamos por delante de la torre en que estuvo presa D.<sup>a</sup> Urraca, que se conserva en la plaza, y al cruzar una calleja, más estrecha que las de Numancia, pasó un automóvil que hacía efectos de émbolo en la intubación de la calle.

Entramos en Nuestra Señora la Mayor, antes San Gil, cuya entrada, con arco románico, es de la antigua iglesia. El retablo principal es plateresco, de Becerra, según se dice, y está dedicado á la Asunción. El párroco nos enseñó las famosas ropas de esta iglesia.

### Regreso.

No había tiempo que perder y nos dirigimos al hotel para hacer los últimos preparativos y emprender la marcha en el tren de las nueve. Claro, es, que el principal preparativo era el del estómago, y así lo comprendimos todos.

Comenzó entonces una menuda y continua lluvia que nos acompañó hasta la estación. El cielo complaciente de Soria nos dejó cumplir nuestra misión, y mandó á las nubes nos despidieran después de terminada.

Admirablemente colocados por la galantería del Sr. Iglesias, que puso á nuestra disposición un confortable coche para esperar el alba en Coscurita, comenzó á moverse el convoy y un robusto viva, lanzado por el Sr. del Álamo á Scria y á Numancia, fué contestado calurosamente por todos los excursionistas y otro viva á la excursión resonó en el andén. El cronista se despidió además de Venancio Pérez, alguacil del Gobierno civil, que acreditó su resistencia al mareo durante nuestros pasos en Soria. El tren, puesto en marcha y acomodados en los asientos, se entabló esa charla excursionista salpicada de todos los matices más honestos, predominando en ella la más franca amistad.

Hubo conciliábulo de la directiva. Se trataba nada menos de que los gastos excedían á los ingresos en el presupuesto de la expedición, y había que pedir un dividendo pasivo ó solventar el déficit con los fondos de la *Sociedad*.

El Sr. Tesorero, en vista de la caja que la lleva siempre metida en la cabeza para mayor seguridad, propuso esto último por el bien común y se aceptó con un hurra vibrante, pues tratándose de moneda la mejor aclamación es á la inglesa.

Comunicóse tan fausta noticia á los expedicionarios y no hay para qué decir el entusiasmo eléctrico que produjo. A todo esto el tren marchaba y marchaba y nos hizo llegar á Coscurita, siempre de noche, pero con mejor impresión que á la ida. Saltamos á tierra, visitamos el pozo célebre y tomamos café en el *chalet* más próximo. Allí vimos *El Avisador Numantino* en que su redactor D. Enrique García Noguero nos saludaba desde Numancia, y al poco rato dormíamos como unos benditos en nuestro departamento.

Descansamos sin interrupción aparente, hasta que las bocinas, cuernos, silvos y trepidaciones nos avisaron que venía el tren de enlace. Amanecía.

Trasbordamos, a'go frescos, como es costumbre y emprendimos ya el camino directo á nuestra patria, en la que nos esperaban las ocupaciones del día 14.

Despedimonos con sentimiento, entre reverencias del sueño, de la dama de nuestros amores y sacrificios, la noble castellana de empalme, Coscurita, y solo pedimos todos á una voz el desayuno, pero el vagón-restaurant no había llegado aún y tuvimos paciencia.

No le alcanzamos hasta el punto donde á la ida habíamos tomado la sopa, pero le alcanzamos al fin y nos alegramos.

No faltó á la cita el noble Sr. D. Manuel de Castro, que volvía de la Aguilera, y unidos con él en amigable consorcio, elogiando su misión sagrada, vimos desfilar estaciones, campos, edificios más ó menos lejanos, la célebre Gormáz, frontera tantas veces borrada entre moros y cristianos; después un castillo en ruinas, La Vid con su convento, observatorio y fecunda tradición, un puente, el Duero jugueteando por bajo de la vía, que nos hubo de conocer por lo truchas, y por último, Valladolid, la corte de los prudentes, que nos recibió como á antiguos amigos.

Requiriendo mis bártulos, al bajar al andén, no encontré ni un excursionista para un remedio.

Uno de ellos puso el siguiente telegrama al Sr. Iglesias. «Sea V. el intérprete con Autoridades, Ayuntamiento, Prensa y particulares de nuestro más efusivo saludo y reconocimiento de todos los excursionistas.—Martí». A dicho telegrama contestó el Sr. Iglesias y la Prensa de Soria con la carta que figura en otro lugar de este número.

A nosotros sólo nos resta decir que la Prensa de Soria se ha excedido en nuestras alabanzas.

Hora es ya de terminar y lo haremos con un consejo. Amigo lector: Si vas á Calatayud pregunta por Coscurita.

Luis PÉREZ-RUBÍN

\*\*\*

#### Carta citada en la crónica.

«El Director del Ferrocarril de Soria.—Particular.

Sres. D. José Martí y compañeros excursionistas á Numancia.—Valladolid.

Mis respetables y distinguidos amigos: Con satisfacción y placer recibimos su atento telegrama de cariñoso saludo al acabar de llegar á esa, el cual fué pasado á las entidades y personas á que se hacía referencia, y todos, como yo, le leyeron con verdadero gusto, acordando unánimemente el transmitir á VV., por mi conducto, nuestra felicitación por su llegada sin novedad á sus casas, y nuestro sincero reconocimiento por su atención.

De su corta estancia en este rinconcillo, conservaremos siempre gratísimo recuerdo, sintiendo la prematura ausencia de tan buenos amigos, pero conservando la ilusión de que no será la única visita que nos hagamos, ya que por ideas y afectos, aún separados, estaremos siempre juntos.

Reciban, pues, una vez más el testimonio de la afectuosa consideración de todos los numantinos, y manden como gusten á su atento amigo y s. s. q. b. s. m.

Joaquín Iglesias.

16-5-912.

Los periódicos locales publicaron agradecidos su referido telegrama».

## CARTA ABIERTA

# AL EXCMO. SR. D. SANTIAGO ALBA

Ministro de Instrucción pública y Bellas Artes.

Muy señor mío de todos mis respetos y distinguido amigo: La *Sociedad Castellana de Excursiones* ha realizado una á Soria y Numancia. Mucho deseaban conocer la parte monumental de aquella ciudad, poco vulgarizada seguramente por las dificultades que ofrecen los medios de comunicación; pero el objeto primordial que le guiaba era ver por sí misma y no por referencias, las ruinas de Numancia, las excavaciones que progresivamente van haciendo aparecer restos de la antigua ciudad celtíbera, cuyo desastroso y heróico fin hállase sintetizado en frase que evoca mil recuerdos; *La destrucción de Numancia*.

Llegamos ayer á Soria, y toda la mañana fué dedicada á visitar el MUSEO NUMANTINO. Su nombre indica el objeto. Allí se conservan, coleccionan y clasifican cuantos objetos van apareciendo en las excavaciones que dirige una benemérita comisión especial, nombrada por el Gobierno, para este objeto; y si el estudio de tan importantes reliquias históricas, puede hacerse fácilmente por su ordenada colocación, el resultado fué mucho mayor, gracias á las eruditas explicaciones que nos daban los vocales de la comisión D. Santiago G. Santa Cruz, abad de la Colegiata, y D. Mariano Granados. El complemento de aquel estudio había de ser la visita al terreno mismo de donde se extraen tan preciados restos arqueológicos, y cumpliendo nuestro propósito, en la antigua Numancia ahora nos encontramos.

Tres horas de correría hemos empleado en caminar por los pedregales del empinado cerro, y algo rendidos por nuestro trabajo, descansamos en la casilla del guarda, teniendo ante la

vista esas ruinas, de las que van surgiendo calles, ciudades y murallas de los sitiados, campamentos de los sitiadores, restos calcinados por el fuego y el amor patrio de los numantinos, vencidos pero no humillados, viviendas superpuestas de los romanos vencedores. La mañana está hermosa, al calor sofocante de los días pasados, ha sustituido una temperatura plácida, suave, que nos estimula á dialogar amenamente, oyendo con atención noticias, datos, informes, que nos proporcionan nuestros ilustrados guías, el referido Sr. Abad y el cultísimo director del ferrocarril de Soria, D. Joaquín Iglesias.

La conversación, sin embargo, languidece, y pasa sobre todos un ligero viento de tristeza. ¿Por qué? Habíamos elogiado los excursionistas, con verdadero entusiasmo, la inmensa labor que la comisión española realiza; pero les exhortábamos á mayor actividad para complementar los trabajos emprendidos y á dar á su Museo un albergue más amplio y adecuado. Entonces los numantinos callan, demostrando contrariedad en sus semblantes.—¿No tienen ustedes fondos?—les argüimos.—¿No presta el Estado su auxilio á estas obras de orgullo nacional?—Cierto es—replican;—el Gobierno contribuye como puede, y le estamos muy agradecidos; pero no basta para conseguir con la oportunidad debida eso que ustedes solicitan de nosotros, y que ya comprenderán somos los primeros en desearlo. Todo nuestro entusiasmo, toda nuestra inteligencia, todos nuestros amores, están cifrados en estas ruinas; pero es imposible hacer más de lo que hacemos.

Estas contrariedades ingenuamente expresa-

das, pesan sobre nosotros como argumento incontestable. De pronto uno de los concurrentes levanta la cabeza y dice: ¿No podrían dirigirse al Ministro explicando todo lo que hace al caso? Seguramente les atendería en cuanto fuera posible dentro de los límites del presupuesto, yo creo que deben intentarlo.—No, nosotros, no—contestan rápidamente;—más podrían alcanzar ustedes si á ello se decidieran...—¿Cómo! ¡unos sencillos excursionistas vamos á tener mayor fuerza y autoridad que la doctísima comisión delegada del Gobierno! ¿Con qué derecho podríamos inmiscuirnos en el asunto?—Muy sencillo—dijo entonces el abad, con acento pausado, que revelaba una convicción profunda;—ustedes no están ligados á intereses de localidad ni á los corporativos de una Junta; lo que hablan, lo que piensan, es como expresión de amor patrio y de cultura nacional; no pretendemos, pues, que oficialmente se dirijan al Sr. Ministro, pero sí pueden hacerlo entre pública y confidencialmente por medio de una carta abierta en el BOLETÍN de la Sociedad Excursionista que se honra al contar á D. Santiago Alba entre sus socios; tal vez consigamos algo, quizá mucho...

Analizóse la idea, pusiéronse algunos reparos y por fin quedó aprobada. Designáronme por amanuense, y si acepté el cometido, fué porque la firma que al pie se estampa no tendrá valor personal alguno, será la representación de un modesto grupo excursionista que vé resurgir en pleno siglo XX, aquella ciudad que ha llegado á constituir un símbolo del amor á la independencia y á la patria.

Las explicaciones que anteceden bastarán para que vucencia comprenda el objeto de la petición que respetuosamente le hacemos. Fija está nuestra mirada en el MONUMENTO Á NUMANCIA, erigido por los esfuerzos de un gran patricio; á su inauguración solemne, verificada el año 1905 por S. M. el Rey D. Alfonso XIII, asistió el Ministro de Instrucción pública y Bellas Artes; este fausto suceso hizo revivir el entusiasmo de los sabios, de los historiadores, de los arqueólogos para descubrir, hasta donde posible fuera, la planta de la ciudad destruída por las huestes de Escipión, y los objetos de arte que yacieran enterrados; un éxito inmenso corona los trabajos emprendidos, haciéndose público en la riquísima colección que encierra el MUSEO NUMANTINO; pero este Museo debe constituirle edificio más independiente y adecuado. Para ello, para proseguir las excavaciones, para adelantar rápidamente los trabajos, hacen falta recursos, verdaderamente extraordinarios. Sea otro Ministro de Instrucción pública, sea vucencia, quien deje unido su nombre á una obra que por su carácter, por su significación, por su historia, es de las que enaltecen en gran manera á los pueblos cultos.

Dígnese vucencia acoger favorablemente esta súplica que en nombre de sus compañeros le dirige, quien se reitera con toda consideración muy suyo afemo. s. s. q. s. m. b.

JOSÉ MARTÍ Y MONSÓ

Numancia, 13 de Mayo de 1912.



# SORIA Y NUMANCIA

## (INSTANTÁNEAS RÁPIDAS)

De las muchas excursiones que lleva verificadas nuestra *Sociedad*, pocas habrán sido como la últimamente celebrada á la simpática ciudad de Soria y á las ruinas numantinas, de instructivas y amenas. Casi para todos eran desconocidos los puntos citados (de doce excursionistas, once visitábamos por vez primera aquellos lugares), y aunque nos hubiéramos preparado con alguna breve lectura de lo que se iba á ver, la realidad excede siempre á la impresión que forma lo leído, porque el ambiente local solamente puede respirarse á la sombra de los monumentos de la ciudad, y ese ambiente hace que la compenetración de visitante y visitado sea más íntima, se ligue y una de modo perfecto. De mí sé decir, y como á mí creo que sucederá á muchos de mis compañeros de excursión, sino á todos, que sufrí una verdadera sorpresa agradabilísima así que me enteré de la importancia monumental de Soria y de aún la mayor importancia de las ruinas del cerro de Garray.

Además ocurre, cuando se va en colectividad, que la observación de uno, la mirada de otro, y hasta la distracción de aquél, hacen que el conocimiento, aunque más rápido, sea más fijo y la impresión más profunda. No es la primera vez que al paso, y como donaire de una broma, se ha descubierto obra de sumo mérito, casi inadvertida antes. Recuerdo siempre á este propósito cómo *descubrimos* un cuadro del Greco, que perfectamente aparecía ignorado por sus poseedores, en el colegio de San Albano, de Valladolid. Un chiste de un consocio hizo fijar la atención de los que le acompañábamos en la visita al Colegio, en un cuadro colgado á buena altura y cubierto de bastante polvo, en la sacristía; los

ojos de catorce ó dieciséis personas se dirigieron al lienzo, y la curiosidad de uno, la caridad de otro, por verle limpio de polvo, y quizá la intuición de alguno, hicieron que se descolgase el cuadro, se limpiara brevemente, se admirase de cerca y... se encontrara la codiciada firma del Greco, ocasionando una verdadera sorpresa á los jefes del Colegio, que no podían soñar con poseer obra importantísima del exímio pintor toledano.

Nosotros, y al decir nosotros, me refiero á los de la *Sociedad*, fuera de sus casas, tenemos la buena costumbre de ser disciplinados, quizá exageradamente disciplinados; donde uno se detiene, los demás se paran, siempre formando una hueste compacta, de gran densidad, pero que lo escudriñan todo, lo anotan todo. Si alguien del punto visitado nos explica algo, todos enmudecemos; pero así que la perorata ha terminado, vienen las observaciones, las objeciones, las indicaciones rápidas, pero algunas veces tremendas, que han puesto en más de una ocasión en grave aprieto al amable describidor, ó han hecho rodar por el suelo sus teorías, bien que se hace siempre de buena fe; es ello un deseo infantil, que pregunta de continuo, que quiere saber y conocer al detalle lo que le impresiona vivamente. Somos, pues, unos niños deseosos, ansiosos de aprender, por eso no enseñamos nada á nadie, pero le ponemos en el compromiso de contestar á nuestras preguntas, no siempre contestables.

Y viene todo esto para indicar que la excursión á Soria y Numancia ha sido instructiva y provechosa á nuestros espíritus. Allí hemos aprendido algo. Llevábamos por guías al Sr. Abad de

la Colegiata D. Santiago Gómez Santa Cruz, y al Sr. Secretario de la Diputación provincial don Mariano Granados, que cumplidamente han satisfecho nuestro anhelo de saber y que de continuo se adelantaban á nuestras observaciones, dando y explicando sobriamente, pero con gran conocimiento de los asuntos, las razones, los fundamentos de todo, ese más allá que no sacia nunca la viva curiosidad del que quiere aprender.

Y en esas circunstancias, y bajo estas condiciones, en el mismo cerro de Garray, sobre las ruinas de la ciudad numantina, tienen mis acompañantes la humorada de comprometerme para que les escriba algo de los monumentos sorianos y de las ciudades, cuyos restos superpuestos, acabábamos de examinar. Todo lo que yo vi, lo vieron mis compañeros de excursión; lo que yo oí y aprendí, lo oyeron y aprendieron ellos ¿para qué, pues, ponerme en tan duro trance? Y para remedio de mis males D. Luis II (que hemos convenido en que el I lo fué D. Luis Mejía), se me ha adelantado y hasta ha dejado espigado el campo con la donosa y amena crónica que precede. No puedo llamar la atención ni fijar la mirada del lector, sobre lo que á mí más me impresionó en la excursión comentada.

Perdón, pues, y dispensad las repeticiones, si las hubiere; no es mía la culpa de todo esto; lo es la de insistir en el encargo, muy poco el no negarme á nada, por lo mismo que lo pedían mis consocios. Pero ¿qué querrán?

\*\*\*

Sólo el hecho de que Soria contó, en los antiguos tiempos medioevales, hasta 37 parroquias, indica, desde luego, que habría de ser abundante en edificios religiosos y de entre ellos, habrían de conservarse monumentos apreciables, algunos casi ruinas, pero ruinas venerandas de un interés incalculable.

Así es, en efecto; como si Soria hubiera vivido una vida próspera en los siglos XII y XIII, de esta época se conservan los restos más estimables. Del románico del último período y del románico transicional son los monumentos que más llamaron nuestra atención. Pero este romá-

nico, en líneas generales, no se diferencia cosa notable del románico del resto de Castilla y León; si acaso se diferenciará, como ocurre con el de Segovia, por ser más persistente y continuar casi los antiguos modelos cuando en las regiones burgalesa y leonesa, más principalmente en aquélla, se tendía á pasos velocísimos á la implantación del sistema ojival. Por de contado, que ninguna influencia ejerció en el románico de Soria, el que constituyó la rama de gran interés del románico salmantino, que se extendió con notables ejemplos, por Zamora, Toro y Ciudad Rodrigo.

De entre esos monumentos sorianos, contemplamos con gran satisfacción Santo Tomás, San Juan de Rabanera, las ruinas de San Nicolás, el claustro de la colegiata de San Pedro y San Juan de Duero.

Una monografía requiere cada uno de estos monumentos; pero ni el tiempo que les dedicamos, ni el estudio hecho de ellos nos da para más que sencillas notas al correr de la pluma.

*Santo Tomás.* Aun incompleto como está el templo de Santo Domingo, como se llama hoy á la parroquia de Santo Tomás, por haberse agregado á un convento de dominicos, incompleto con relación á su forma primitiva, es digno de estudio, y la estructura de la parte antigua muy digna de aprecio.

Como en las ciudades de grandes progresos en el renacimiento, fué alterada la cabecera y crucero con sendas construcciones del siglo XVI; pero conserva intactos los cuatro tramos del brazo inferior de la cruz. En estos cuatro tramos la nave centra' es más que doble de ancha que cada una de las laterales. Los pilares de separación de las naves son de proyección robustísima y afectan la forma de cruz griega con columnillas adosadas: dos por cada lado de las naves, tres para los arcos de comunicación de éstas, y una á cada ángulo entrante. Cúbrese la nave central con bóveda de perfil apuntado y las laterales con bóvedas de perfil semicircular, y como los arranques de las bóvedas de las tres naves están á la misma altura, la cubierta queda solamente á dos faldones desde el caballete hasta los muros de las naves estrechas.

El cuarto tramo, próximo al crucero, ofrece tanto en las bóvedas como en los pilares, algunas diferencias con los otros tres anteriores, que pueden hacer conjeturar que el plan primitivo de la iglesia se varió á partir de él hacia los piés, pues la fachada se adapta perfectamente á la estructura de esos otros tres tramos inmediatos, y se acusa en ella la disposición de modo bien visible.

La fachada de esta antigua parroquia es de las pocas que nos quedan en España, casi íntegra, y es un modelo notabilísimo de rica decoración, que acusa desde luego el período transitivo del siglo XII al XIII.

Cierra la fachada, en un solo plano, las tres naves, acusando las dos vertientes de la cubierta, lo que si da excesiva línea á la obra, gana en sinceridad.

La puerta, rigurosamente en el eje, es abocinada, como era de ley, con cuatro arquivoltas con ordenada serie de múltiples figurillas que representan pasajes de las vidas de Jesús y María; el Padre eterno preside una gloria de angelitos—en la arquivolta más interior,—ocupando el tímpano del arco, cerrado con dintel. Sobre la puerta, encima de apeada cornisilla, sobre típicos modillones, está un gran ojo de buey, que da luz á la nave central. Esa impostilla señala la altura superior de una arquería ciega que corre por ambos lados, y otra inferior, á eje de ella, tiene los capiteles á la misma altura que los de la puerta. Las arquerías, de arriba abajo, están interrumpidas por macizos, como si fueran contrafuertes, que acusan la separación de las naves, de modo que á cada lado del macizo quedan dos arcos en cada una de las dos series de arquerías.

La disposición está justificada, es sobria de líneas y no ofrece grandes contrastes; pero está avalorada por una gran riqueza de talla en las arquivoltas, en el tímpano, y en los capiteles—lo mismo en los del interior,—que la hacen ser considerada como una obra notable en su género, pues la esplendidez de figuritas, el desarrollo de historias y las series de asuntos esculpidos, son variadísimos y manifiestan el fausto en el ornato que admitió el románico casi de modo exclusivo.

Es una construcción de estudio, no sólo por su importancia artística, con ser mucha, sino por la multitud de problemas que puede ofrecer al historiador y al arqueólogo.

Parece, desde luego, que está descontada la cuestión de fecha, pues la introducción del perfil apuntado en las bóvedas de la nave del centro, dentro del dominio del arco semicircular, acusa un período transicional que corresponde á los fines del XII y principios del XIII, aun contando con que en Soria el románico dura y persiste y aun se hace arcáico.

Pero ¿qué tendencia de escuela tiene la iglesia de Santo Tomé? ¿fué obra indígena, es decir, de trazador español, ó fué planeada por artistas extraños? Se ofrece aquí la cuestión tantas veces suscitada en otros monumentos: pudo ser hechura de artistas españoles, y esto es lo más probable, pues casi en las postrimerías de un género ó sistema y naciendo otro, como entonces nacía, es de razón que de venir de fuera los artistas, trajesen las iniciativas del sistema ojival, ya introducido en España, poco antes. Los artistas estaban hechos y formados en el románico, hacía mucho tiempo; lo que sucedía era que no podían eliminar las influencias extranjeras que se corrían y acentuaban más á medida que el arte se desarrolló; y, en efecto, aparece influida la disposición, la estructura general, en la escuela poitevina: rica ornamentación, naves cubiertas con bóvedas de cañón seguido de ejes paralelos, nave central sin luz directa en los costados, tejados apoyando sobre las bóvedas—como debe de ocurrir en Santo Tomé,—caracteres son todos que señalan una influencia bien notada.

El monumento es interesantísimo, como he indicado, curioso y notable; el color tostado de las piedras de la fachada le da un carácter simpático que hace le contemplen con admiración los entendidos y los profanos, los que leen en los sillares de los monumentos y los que sólo saben leer... en las hojas de las rotativas.

*San Juan de Rabanera.* También esta antigua iglesia parroquial es digna de detallado estudio, como Santo Tomé, y también se ofrece, como ésta, alterada por modificaciones de tiempos relativamente modernos, ya por influjo de la moda,

bien por necesidades ó fines piadosos al agregarla hasta tres capillas fuera del primitivo recinto de sus muros.

Por el exterior puede observarse un cilíndrico ábside con pequeños contrafuertes de gran curiosidad; son prismáticos, de pequeña sección, estriados en casi los dos tercios altos y rematados en capiteles sobre que apoya la cornisa, apeada también en canecillos; son estos contrafuertes un á modo de mezcla de la pilastra romana y de la columnilla adosada, propia del estilo románico. El ábside ofrece también la singularidad de tener dos ventanas abiertas hacia el eje, y otras dos ajimezadas, ciegas, más á los lados, muy decoradas hasta con rosetones. De modo que se tiene el caso, no muy repetido (San Miguel, de Palencia), de poner contrafuerte en vez de hueco en el eje. El crucero, por el lado del evangelio, se acusa también al exterior, y lleva un animal sedente en el vértice del hastial.

Poco más de lo primitivo se nota por la calle, pues hasta la portada de los pies de la iglesia perteneció á aquella otra iglesia de San Nicolás, montón de ruinas hoy, á lo que hubiera llegado esta de San Juan de Rabanera, sin los entusiasmos y generosidad de nuestro ya antiguo consocio D. Teodoro Ramírez Rojas, que restauró á su costa, no hace muchos años, la iglesia y trasladó la mencionada portada de San Nicolás.

El interior encanta por su sencillez, buena proporción y orden, á pesar, como dejo dicho, de las malhadadas obras de modificación y ensanche. Es iglesia de una sola nave, de planta de cruz latina, con la capilla mayor de dos tramos: uno cuadrado y el otro, el del fondo, el ábside propiamente dicho; el brazo inferior de la cruz debió ser de tres tramos; los brazos laterales tienen nichos en los lados próximos á la capilla mayor, muy curiosos, descubiertos en las obras de restauración, pequeñas capillas absidales, orientadas como la mayor. Son un detalle muy lindo.

Las columnas que sostienen los arcos fajones no bajan hoy hasta el suelo; tienen capiteles de rica flora; los arcos fajones, son de perfil cuadrado. Los tramos de la nave debieron estar cubiertos por cañones apuntados, como los brazos del

crucero, según se observa en éstos, cruzándose el eje con los de ellos; el tramo cuadrado de la capilla mayor es de bóveda de crucería, y el ábside también de bóveda nervada con la plementería sumamente alta.

La cubierta del crucero es ejemplar, quizá único, por sus detalles. De la planta cuadrada se pasa á la octogonal por medio de trompas cónicas curiosísimas: tanto el trompillón, que se ofrece con un círculo vaciado en el centro, como el arco de cabeza ó de frente, muy decorado, están apoyados en capiteles volados de todo punto, á modo de ménsulas, como si los fustes hubieran sido quitados luego. Sobre una impostilla arrancan verticalmente los ocho lados del octógono formado, cortados en seguida por la bóveda semiesférica, de hiladas completamente circulares.

Es un iglesia sencillísima, de composición poco complicada, si se exceptúa el crucero, de un aire elegantísimo, un ejemplar que se presta también á las conjeturas é hipótesis. Parece ser de más edad que Santo Tomé, pero no muy distanciada de ella; presenta elementos más puros dentro del estilo románico, pero tiene cierta tendencia al bizantinismo y está hecha, sin duda, por artistas indígenas, educados en las tradiciones españolas, en las que no poco influyeron las corrientes orientales.

*San Nicolás.* Por encima de las tapias de la calle contemplamos los excursionistas las ruinas de esta iglesia, que debió ser también muy interesante. Completamente derruida, indica que era más grande que San Juan de Rabanera; era como ésta, de una nave; el ábside es hermoso, con altas ventanas entre las columnas que acusarían los nervios sobre que apoyara el cascarón, si era de cuarto de esfera; hasta los arranques de la bóveda se ve el muro del lado de la epístola, con altas columnas y capiteles primorosos, muy tallados. La portada, era también muy bella, tenía en el tímpano al santo titular de la parroquia. Ya dije que fué trasladada á los pies de la iglesia de San Juan de Rabanera; nunca mejor destino, si estaba, como parecía, destinada á perderse en absoluto, por la incuria, por falta de recursos, ó por lo que fuera.

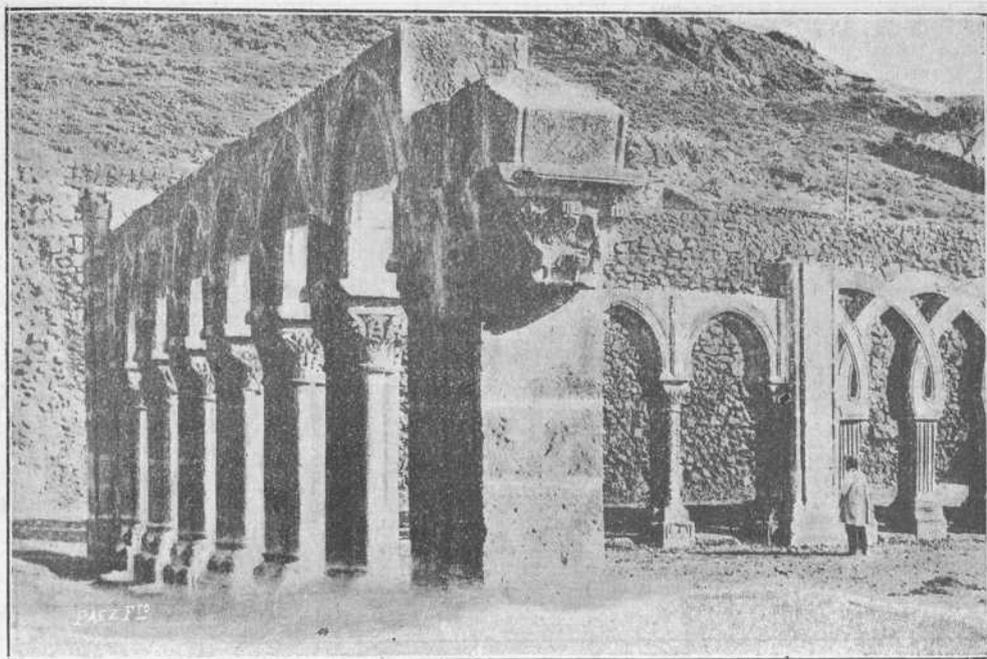
*Claustro de San Pedro.* La colegiata de San

Pedro debió ser otro monumento notable del románico, á juzgar por las tres galerías que conserva del claustro. No me detengo en la portada, del primer renacimiento, ni en el cuerpo del templo, en donde se notan magníficas obras de arte, algunas de respetable edad; paso directamente al claustro cuya fama le hace merecedor de ser uno de los mejores de España.

Tiene tres galerías; la cuarta desapareció para

ensanche de la iglesia. Es del tipo de los claustros benedictinos: cuadrado ó rectangular, de una sola altura ó piso; con arquerías abiertas, de medio punto, apoyadas sobre dobles columnillas de capiteles historiados y de espléndida flora. Las arquerías, de cuatro arcos, están separadas, dentro de un mismo lienzo, por pilares muy robustos con columnillas al frente. Corren las arquerías sobre el clásico *podium*, y lleva impos-

## SORIA



SAN JUAN DE DUERO  
CLAUSTRO

ta apeada sobre muy volados canecillos, de transición, hacia el interior de las galerías.

Dentro del tipo general, es un claustro magnífico por sus grandes proporciones, por la riqueza de la talla, sobre todo en capiteles, y por su sabor monacal.

Los muros interiores van mostrando cosas muy curiosas: pinturas, inscripciones que se prestan á trabajos de investigación, sepulcros, las bellas puerta y ventanas de la sala capitular, detalle precioso, limpio del encalamiento desde hace pocos años.

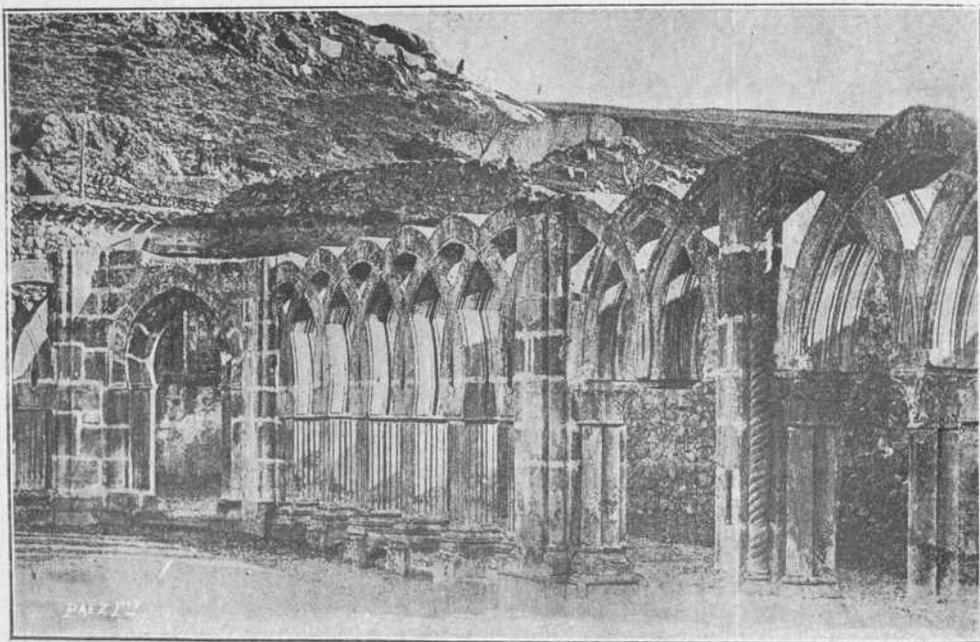
Todo ello requería ser minuciosamente estudiado, y seguramente lo será algún día, ya que regenta la colegiata una persona competentísima en asuntos arqueológicos, ilustrada y de grandes aficiones y entusiasmos, á quien he pedido datos, simples papeletas ó apuntes, relacionados con las obras de arte de la colegiata soriana, ya que mucho ha encontrado en los libros de la iglesia, y quien, seguramente, nos dedicará las primicias de su investigación. Por eso dejo libre el paso.

*San Juan de Duero.* Otro monumento soriano, curiosísimo por lo raro, más que por lo ar-

tístico. Allá á la izquierda, saliendo por el puente de piedra sobre el Duero, á la misma orilla del famoso río, pasaría desapercibido el monumento á los ojos del viajero, á no ser que la fama del claustro le interesara y por ello le buscara. No es artístico el conjunto, repito, pero sí de gran importancia. Conserva la iglesia y restos del claustro la fundación de los caballeros sanjuanistas. Me fijaré primero en aquélla.

La iglesia es de una sola y ancha nave de material modesto, cubierta con la armadura del tejado, vista por el interior. Nada de particular ofrecen los muros, sino algunos huecos conseguidos en el espesor de las paredes, para sepulcros. La cabecera ó capilla mayor se estrecha, y se compone de dos partes: una cuadrada, cubierta con cañón apuntado, y otra semicircular, con cascarón, también apuntado. Bien poca cosa

## SORIA



SAN JUAN DE DUERO  
UNA ARQUERÍA Y CHAFLÁN DEL CLAUSTRO

ofrece iglesia de poderosos caballeros, como fueron los de la orden hospitalaria de San Juan; únicamente merecen estudio dos baldaquinos ó *ciboriums*, que estrechan la entrada de la capilla mayor, ambos de planta cuadrada y situados dentro de la nave.

Por dos de sus lados están adosados estos templetos á los muros laterales de la nave, y al en que abre la capilla mayor. En los cuatro vértices, de los dos cuadrados, se elevan grupos de cuatro columnas, con capiteles historiados y basas áticas. Insisten sobre los ábacos de los capite-

les los cuatro arcos de medio punto, terminándose los paramentos en planos horizontales. Se cubren los dos templetos con bóvedas de cruce-ría cupuliformes, acusándose al exterior por un casquete esférico una de ellas, la del lado del evangelio, y la otra por un cono. Tienen cierto aspecto oriental estos templetos, cosa que no puede extrañar á nadie, sabiendo la continua comunicación que los sanjuanistas españoles tuvieron siempre con los de Oriente.

¿Para qué pudieron servir esos templetos? ¿para sepulcros? para otros altares ó capillas, ya

que solamente la mayor se acentuaba? Probablemente ocurrió lo último; pero sea como fuere, lo cierto es que son unos detalles de gran valor arqueológico, muy raros, pues escasean las iglesias españolas con tales detalles, contándose únicamente dos con ellos, una, la Magdalena, de Zamora.

El claustro de San Juan de Duero es ya más conocido, pero no menos se presta á la conjetura. De planta rectangular, con tres lados achaflanados en las arquerías, apoyaba una galería en el muro del lado de la epístola de la iglesia. Por simple capricho del trazador, las arquerías son distintas, formando conjunto las mitades adyacentes á cada vértice. La mitad de una galería próxima y paralela á la iglesia, la que insistía sobre el único vértice no achaflanado, ha desaparecido. Las otras son de arcos apuntados túmidos sobre cuádruples columnillas y arcos entrecruzados sobre columnas pareadas y sobre pilares cuadrados, estos arcos de un efecto raro, más decorativo que constructivo. Por injuria de los tiempos, y de los hombres, las galerías carecen de techumbre, y hasta algunas arquerías rematan simplemente con la curva ondulante de las dovelas de los arcos. Las arquerías no apoyan en el *podium* de los claustros románicos, sino que las columnas arrancan desde el suelo. Los capiteles tienen historias fantásticas y escenas monstruosas, muchas de dudosa interpretación. Por ser un claustro fuera de las reglas de los benedictinos, que son las más seguidas, por punto general, y por las influencias de otro estilo, se ha supuesto obra de influencia mudéjar, ya que en Soria residía una de las aljamas más populosas de Castilla. La influencia oriental es evidente, pero ¿no sería mejor que atribuirlo á la misma aljama soriana, hacer venir al trazador de tierras de Oriente, y puesto en el lugar de la construcción, mostrarse éste con todas las originalidades y genialidades de su patria, como pretendiendo alucinar á los pobres occidentales con una variedad de curvas que llamaría la atención desde el primer instante? Por eso, quizá, faltó la unidad; por eso, acaso, esa extrañeza y rareza, hechas de intento como para deslumbrar con formas nuevas, que no *cuajaron* en la construc-

ción; únicamente se repitieron en la decoración.

Las influencias, pues, extrañas en San Juan de Duero, eran las orientales, y si no puede asignarse á la iglesia una fecha que exceda del final del siglo XII, los templetos alcanzan ya el siglo XIII, por las tentativas de las bóvedas sobre nervios, y años más acá, seguramente, se haría el famoso claustro, de renombre extendidísimo, alabado por propios y extraños; pero—hay que decir la verdad,—más encumbrado por lo raro, quizá por lo *chocante*, acaso por no verse empleados arcos como aquéllos, como elementos resistentes, y de ahí la novedad, que por lo bello y armónico, carente de la tranquilidad y reposo que inspiran nuestros clásicos claustros monacales.

Y no digo más—y me he extendido otro tanto de lo que pensara,—del románico soriano. Tiene las líneas generales, es de la escuela castellano-leonesa,—algo arcáico por la época en que se desenvuelve,—pero deja influirse por los caracteres, muy probablemente personales, de los tracistas ó constructores, completamente formados, y admite, por lo mismo, quizá sin sucesión de tiempo, las influencias transpirenáticas, las de Bizancio, las de Palestina.

\*\*\*

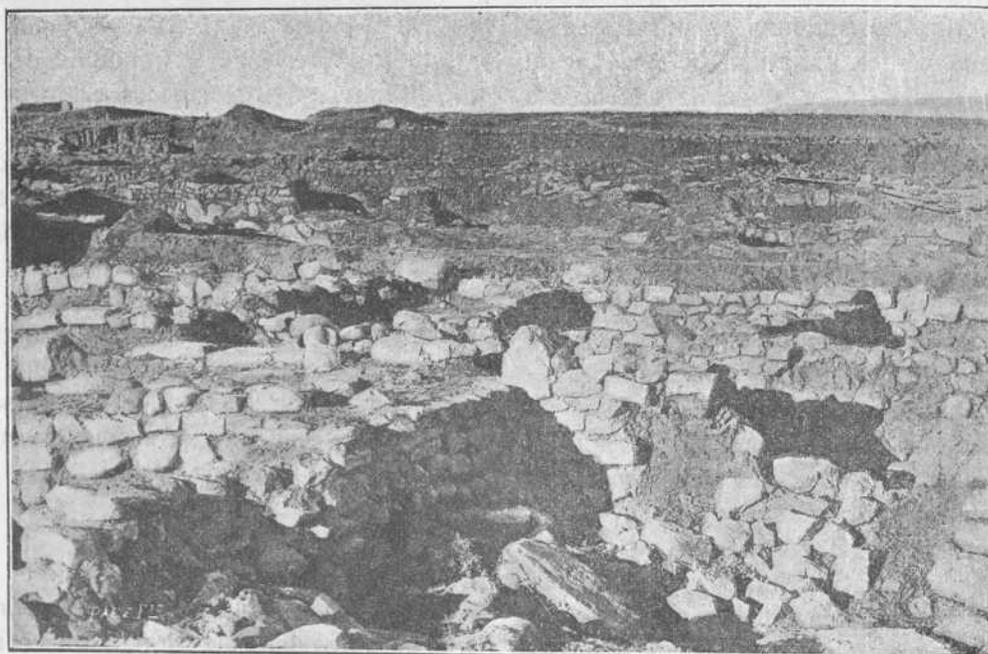
La faceta más brillante de la excursión á Soria, el incentivo del viaje para algunos compañeros, era la visita á las ruinas de Numancia. No ofendo á nadie: pero el hablar de ruinas, de la catástrofe que experimentara la ciudad celtibera, del empeño de Roma en hacerse dueña de la población, de las excavaciones que desde hace algunos años allí se practican, da lugar á pensar en estatuas enterradas, en mármoles fragmentados, en restos de templos y termas, teatros y foros, que manifestasen la riqueza de las construcciones de un pueblo no bien estudiado, por falta de elementos, de otro pueblo cuya civilización conocida se extendió por la tierra toda de la época pagana.

Cuando, de golpe y porrazo, empezaron á ver los excursionistas los escasos restos descu-

biertos en gran zona en la ciudad numantina, de las casas romanas y, más abajo, de las viviendas celtíberas, el desencanto para alguno se exteriorizó. Y ¿para ver estas miserables cercas hemos hecho un viaje incómodo y molesto, por no llamarle de otro modo? Veía yo, sonriéndome, la protesta airada asomar á algunos labios, y callaba; pero ante los signos y expresiones insistentes del compañero, ya no pude contenerme, y le contesté sentenciosamente:—V. que, en este ins-

tante, no ve aquí más que pequeños y múltiples corralillos para guardar ganado microscópico, cuando se *entere* de ello, cuando *aprenda* lo que son estos cantos rodados, será el primero en besar este suelo sagrado sobre el que se ven palpar tres civilizaciones, por lo menos.—En efecto, con cierta melancolía nos despedimos del solar de la ciudad numantina, y el consocio consabido llevaba en sus bolsillos, para enseñárselo á sus hijos, tierras y cenizas de la ciudad celtíbe-

### GARRAY (SORIA)



EXCAVACIONES EN EL CERRO DE NUMANCIA

ra, fragmentos informes de cerámica numantina, piedrecillas y barro de la población romana.

Eso sucederá siempre al visitar las ruinas de Numancia.

El trabajo de desenterrar las antiguas ciudades sumidas en la nada en lo alto de la planicie del cerro de Garray, se llevan en la actualidad, por la Comisión ejecutiva española, con gran sistema, con gran prudencia y con gran orden. Así no puede perderse detalle alguno. Verdad que ello era de esperar estando al frente de la Comisión personas competentísimas, entre ellas, mi ya

antiguo profesor D. Manuel Aníbal Alvarez, único que cito por su nombre por el respeto que guardo siempre á los que me iniciaron en mi carrera.

Se han descubierto muchas calles y muchas viviendas, regularmente trazadas, se han sacado infinidad de fragmentos de objetos de civilización prehistórica, muchísimos más de la celtíbera, y bastantes también de la romana, de las tres grandes fases en que se desarrollara sucesivamente la ciudad de Numancia; se han acusado las murallas y puertas del recinto urba-

no; se han perfilado hasta rudimentos de alcantarillas ó desagües, todo de grandes cantos rodados, mamposterías no muy fuertes y adobes, crudos en su principio, ya ladrillos por la acción destructora del fuego abrasador, puestas hoy al descubierto sus frías cenizas.

La *cuestión* de Numancia lleva múltiples problemas en sus excavaciones. En primer lugar, está allí el estudio y comprobación de lo escrito por los antiguos historiadores. Que hubo catás-

trofe, y que fué enorme, es cierto; que fué arrasada la ciudad numantina por las huestes de Escipión, nadie puede negarlo; que se consideraba una ciudad inexpugnable casi, y que el cerco fué feroz, es evidente; pero había que comprobar muchos detalles, había que documentar la historia, y allí, diseminados, formando gran círculo alrededor del cerro de Numancia, se conservan los restos de los campamentos romanos que hicieron más riguroso el bloqueo, hasta ex-

### GARRAY (SORIA)



RESTOS DESCUBIERTOS EN NUMANCIA

terminar por hambre aquel pueblo heroico, con heroicidad que casi llega á los límites de la leyenda, y que á más de esa virtud tuvo la del trabajo, manifestada, al menos para mí, en una industria que ya ha dado en llamársela cerámica numantina, con muy buen acuerdo, por cierto.

Al contemplar, como digo, los cimientos de la ciudad romana, reconstruída sobre los de Numancia; al examinar toda la riqueza de infinitos objetos de uso y destino diversos, muchos reconstituídos ya y expuestos con cierto plan en el museo que vimos en la Diputación provincial; al

tener, en fin, como en la mano, todo el cerro de la histórica ciudad, vendrá, primero, el estudio analítico, y luego el de conjunto, el sintético, que comprenderá el estado general de los pueblos que allí se sucedieron en todas las actividades de su alma, pues que elementos han de sobrar para realizar la labor; y hay que expresar que hasta que la Comisión de excavaciones dé el último azadonazo, si no las sorpresas, por lo menos los nuevos hallazgos de objetos guiarán al espíritu por los senderos de la luz de la verdad. Ese im-  
probo trabajo está reservado á la Comisión cita-

da; nadie mejor que ella, pues que cuenta al detalle con todas las fuentes de estudio, abiertas por su propia mano, para luego decirnos religión, condición social, costumbres, usos, trabajo, etcétera, etc., del pueblo numantino, y extensión é importancia de la ciudad romana. Pero séame permitido recordar en esta ocasión, dos especies que espontáneamente se me ocurrían al pisar aquellas ruinas, ya por más de un concepto, interesantísimas.

No sé si alguien antes que yo lo habrá dicho; pero creo en el pueblo numantino otra propiedad á más de la repetida tantas veces, de ser valiente y dedicado al pastoreo y cultivo del campo. Los múltiples hornos de cocer barros que se han descubierto; las infinitas piedras de moler, que no todas habían de dedicarse á la producción de harinas, sino á hacer más finos los barros, las arcillas excelentes que cerca del cerro se presentan; el incontable número de fragmentos de cerámica fina, que constituye modelos y representaciones únicas, cerámica fina que, fuera para los usos que fuera, no era apropiada á la condición de unos pobres pastores y labradores, y otros detalles más de este género, me hacen suponer que la ciudad celtíbera tuvo y ejerció una industria cerámica desarrolladísima, que quizá fuera su manifestación artística más esplendorosa. Es lo más probable.

Otro particular relacionado con la ciudad romana: ¿Sólo existió en la planicie del cerro? ¿fué de condición humilde, quizá pobre, como representan los inseguros cimientos de la parte descubierta? No se comprende al pueblo romano, fuese donde quisiera, sin esas grandes obras que se contemplan admirando la fuerza y el carácter que le son peculiares. Es cierto, que hacia la izquierda de la subida ordinaria desde el pueblo de Garray al cerro, coronando este mismo, se observan restos más regulares y más grandes en proporciones; que miramos dos aras votivas; que vimos dos basas entre las piedras amontonadas, iguales á otras dos dispuestas para poyales en la próxima ermita de los Mártires; que anotamos una piedra con un *priapo* labrado, una lápida con inscripción romana en dicha ermita, etcétera, etc., todo ello indicio que la ciudad romana

tenía monumentos, que era importante, bien que no pueda probarse del todo por haber servido, durante muchos siglos, aquel sagrado cerro, de cantera abierta de fácil explotación. Hasta pudiera ocurrir que la población romana de más valor, estuviera abajo, en el mismo Garray, y fuera el cerro destinado á los plebeyos. ¡Quién sabe!

Nos despedimos, como he dicho, con cierta tristeza de aquel cerro; algo sabíamos de lo que fué Numancia; ya no había censuras embozadas; todo se daba por bien empleado en aquella visita minuciosa algunas veces, otras, degenerando en controversia, en discusión serena y razonada de la que puede salir la verdad. Bajábase del cerro con un solo ideal: que se descubra mucho, que se estudie mucho, que se reconstituya, siquiera en los libros, aquellos tres períodos, aquellas tres civilizaciones que observamos superpuestas: la que puede ser prehistórica, la indígena ó celtibérica y la romana, ya repetidas.

\*\*\*

Y bajando del cerro y pensando en eso de las civilizaciones, entré, ya libre de la fiesta que se celebraba, en la ermita de los Santos Mártires Nereo, Aquileo, Pancracio y Domitila. Allí también veía otras civilizaciones: aparte las dos basas romanas que cité antes, pude solamente contemplar, no estudiar, una hermosa pila bautismal con una bien perfilada arquería de arcos ultrasemicirculares alrededor del vaso, con figuras de relieve en los huecos, é inscripción, que no pude ver por estar del lado de la pared, muy próxima por cierto. Siempre los arcos ultrasemicirculares, ó de herradura, han hecho fijar mi atención; les he dedicado algún estudio, y he puesto mi simpatía en su exagerada curva. Y ante esa piedra labrada, hermosa pieza, digna de estudio detallado y de ser conocida por los aficionados, se ocurre la pregunta, tantas veces repetida: ¿es obra visigoda ó es obra mozárabe? Tiene inscripción, y esa resolverá las dudas, si puede leerse. De todos modos es una gran pila, de tipo, de forma general como las modernas del renacimiento, que en nada recuerda aquella otra pila visigoda de la basílica del Bautista en Baños de

Cerrato, basilica estudiada por mí ya hace algunos años.

Aún la ermita presenta otra civilización: allí está la baja Edad Media, el románico con una fecha en un muro exterior de la capilla mayor (año 1231), que prueba lo ya dicho más arriba sobre la persistencia de esa arquitectura en la región, en siglos adelantados.

Rezagado, quedé en la ermita; apremiaban los compañeros; los coches estaban repletos, más

de ideas que de cuerpos; no tuve más remedio que descender á buen paso á Garray.

Garray, Garray, *ciudad quemada*, según los etimologistas. Abajo la prueba de que hubo población abrasada; arriba, Numancia, la ciudad celtíbera, destruída por el fuego; la Numancia romana, desaparecida de igual suerte. Alguien susurró á mi oído, haciendo el chiste: ¡Esto es un volcán!

JUAN AGAPITO Y REVILLA.

## UNA PAGINA DEL REINADO DE FERNANDO IV

**(Pleito seguido en Valladolid ante el rey y su corte, en una sesión, por los personeros de Palencia contra el Obispo D. Álvaro Carrillo).**

28 DE MAYO DE 1298

Reproducimos con estas líneas, y ofrecemos á quién interese estudiar la historia interna de fines del siglo XIII y singularmente del reinado azaroso de Fernando IV, no del todo conocido á pesar del voluminoso y meritísimo estudio que le consagró el Sr. Benavides (*Memorias del Rey D. Fernando IV de Castilla*), un curioso é interesante documento que guarda el Archivo Municipal de Palencia.

No creemos que en el copioso material documental que publica el Sr. Benavides y en los que una más reciente investigación histórica ha producido de los reinados inmediatos, haya alguno que aventaje á éste en la diáfana luz que arroja sobre los términos y procedimientos de despacho de los negocios públicos, y sobre el régimen íntimo de los asuntos en que había de intervenir la Corte; formada, en el caso que ofrecemos, por el Rey, su madre, el justicia mayor, y los alcaldes, hombres buenos de las villas y ciudades, llamados á conocer, en conjunto, de juicios y competencias entre los pueblos y sus señores.

Júzgase hoy por algunos de las resoluciones de este y otros análogos tribunales de aquellos tiempos, á través de una crítica de sentido apolo-gético muchas veces irrisoria, por lo vacua y estéril, ya por natural tendencia á la lisonja, ya por calculada sumisión, ya por escasez de fuentes de conocimiento. Pero el episodio á que se contrae el referido documento y los términos en que se desenvuelve, consienten penetrar, con alguna certidumbre, en la naturaleza de los móviles que impulsaban entonces resoluciones trascendentales, en cuestiones de derecho y soberanía señorial. Asistimos con este documento al desarrollo de un proceso civil, un pleito de los muchos á que aluden las provisiones reales, sin que hayan llegado en detalle hasta nosotros, desenvuelto en Valladolid el 28 de Mayo de 1298, ante el propio Fernando IV, en cuyo acto los personeros del Concejo de Palencia debaten con el Obispo de la misma ciudad, cara á cara, determinadas reclamaciones formuladas por el prelado.

Ignoramos las razones que tuvieron los per-

soneros del concejo para hacer consignar, ante dos notarios, con toda clase de formalidades, los detalles de un proceso entre oral y escrito. Pero hay que reconocer que estuvieron acertados al hacerlo; pues aparte de la curiosidad que pueda despertar su lectura, á curiales y abogados, por el aspecto externo y de prácticas forenses que el documento encierre, interesante aun en este aspecto por referirse á una época lejana todavía á la creación de la Chancillería de Valladolid, aparte de esto, decimos, la diligencia y el acierto de aquellos personeros nos consienten hoy, trayendo las cosas á terreno de mayor sustancia, hacer notar dos puntos capitales que se desprenden de la lectura de este proceso.

Es el uno el desenfado y la licencia con que la oligarquía de entonces, representada en este caso por don Martín, Obispo de Astorga, maneja como á un maniquí, en provecho por lo que se vé de su compañero el Obispo de Palencia, la propia persona de Fernando IV, joven de 12 años, de escasa mentalidad, de bondadoso pero afeminado carácter, fruto enteco del matrimonio de Sancho IV con D.<sup>a</sup> María de Molina; y es el otro la habilidad y la firmeza de los personeros al repudiar las pretensiones del Obispo; la grave cortesía con que hablan, ni humillados ni débiles, para reclamar ya un hombre letrado que en representación del Obispo discuta con ellos «cómo el derecho manda», ya el traslado ó copia de las reclamaciones para contestarlas, ya el tiempo y el plazo preciso, tanto para el estudio de estas reclamaciones como para recobrar los elementos de prueba en privilegios y documentos que no podían tener consigo. Nada se los concede. El Obispo da lectura á un documento ó privilegio que podía contener el fundamento de sus derechos, y desaparece; y constreñidos los personeros, formulan una réplica, de robusta y segura argumenta-

ción, que desbarata las peticiones del prelado, encerradas en tres extremos. Entonces no ya de labios del Obispo, sino del Rey, reaparecen otros nuevos alegatos y peticiones, también controvertidos y rechazados por injustos.

En los distintos actos de este pleito, ocurridos, seguidamente, en el curso de un solo día, la Corte presidida por el Rey, interviene con Doña María de Molina en los primeros desarrollos del suceso. Más tarde se esfuman y borran, con la reina y el justicia mayor, alcaldes y consejeros; y restan, por último, para dar no solución sino remate torpe y lesivo al proceso, la inconsciencia de Fernando IV y la arrogante intromisión del Obispo de Astorga que habla en su nombre.

Finalmente, aprécianse las explícitas declaraciones de agravio que los personeros formulan por la ausencia de la reina y del tutor y por el atrevimiento del Obispo de Astorga, que usurpa y explota la potestad real en contra de recientes disposiciones (1), hasta que convencidos de la ineficacia de sus esfuerzos se alejan de la cámara; y en vez de acudir á un nuevo emplazamiento que el rey los hace para las tres de la tarde del día siguiente, se dirigen á la morada del tutor, el infante D. Enrique, y ante él formulan una protesta, tan llena de razones como de amenazas.

FRANCISCO SIMÓN Y NIETO

(Se continuará).

(1) Otro si que todos los Arzobispos, e obispos, e abades, que vayan á vevir á sus obispados, e arzobispados, e á sus abadías, e los clérigos á sus logares.

Otro si que todos los privados que andovieron con el rey D. Sancho nuestro padre e todos los otros oficiales de su casa que non anden en nuestra casa, e que den cuenta de quanto levaron de la tierra.

Ordenamiento de las Cortes de Valladolid de 1295. Valladolid 10 de Agosto de 1295 (Archivo municipal de Palencia).